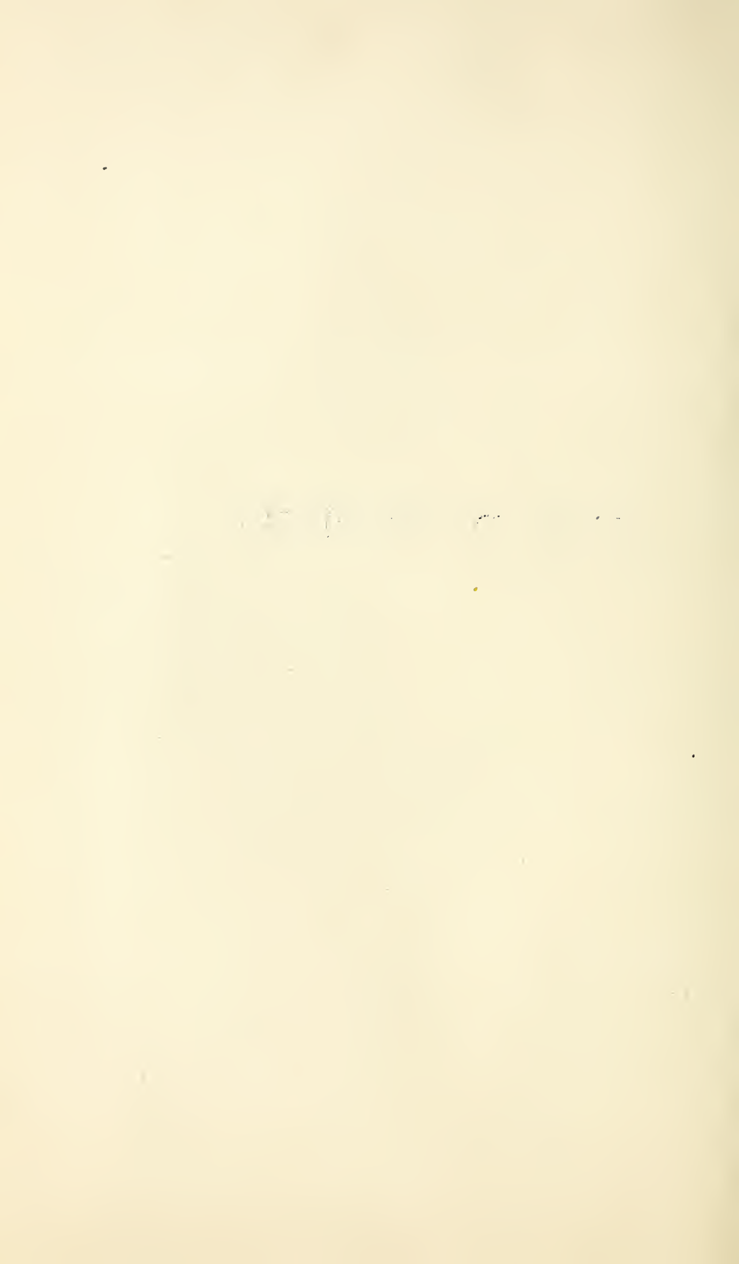
MANUEL Y ANTONIO MACHADO

Juan de Mañara



ESPASA-CALPE S.A.

JUAN DE MAÑARA



MANUEL Y ANTONIO MACHADO

JUAN DE MAÑARA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO



MADRID
ESPASA-CALPE, S. A.
Ríos Rosas, 24
1927

Talleres ESPASA-CALPE, S. A.—Ríos Rosas, 24. Madrid

A Josefina Díaz de Artigas,

A Santiago Artigas

"creadores" admirables de Beatriz de Montiel y Juan de Mañara.

Cordialmente,

Los Autores.



Esta comedia se estrenó en Madrid, en el TEATRO REINA VICTORIA, la noche del 17 de Marzo de 1927, con el siguiente

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BEATRIZ DE MONTIEL	Josefina Díaz de Artigas.
ELVIRA	Monserrate Blanch.
DOÑA CASILDA..........	Elena Rodríguez.
JUAN DE MAÑARA Y MONTIEL	Santiago Artigas.
DON GONZALO DE MONTIEL.	Fulgencio Nogueras.
ESTEBAN LARIOS	Manuel Díaz González.
DON GIL, SACERDOTE	José Trescoli.
PEDRO, JARDINERO	Rafael Ragel.
UN POBRE	Manuel Dicenta.
PABLO, CRIADO	Aniceto Alemán.
MUJER 1.ª	Eulalia Blanch.
ID. 2.ª	Conchita Ajenjo.
ID. 3.ª	Elisa Hernández.
HOMBRE 1.°	Rafael Acevedo.
ID. 2.°	Enrique Alvarez.

Hombres y mujeres del pueblo de Sevilla



ACTO PRIMERO

Jardín de una finca de los alrededores de Sevilla

ESCENA PRIMERA

DON GONZALO, DON GIL y DOÑA CASILDA.

DON GIL

La vocación religiosa
es rara. Cuando la Iglesia
de una piedad desconfía,
que al vulgo asombra, da prueba
de cordura. Pocos nacen
para la vida perfecta
del claustro. Y a la mujer,
que un mundo entrevisto apenas
quiere renunciar, conviene
enseñarle cuantas sendas
son de Dios, que a nadie obliga
a seguir la más estrecha.

DON GONZALO

Don Gil, conozco a mi sangre:
monjitas y calaveras.
Ya sabe usted que tenemos
los cascos a la jineta
los varones de mi casa,
y ellas—Dios las oiga—rezan
para que Dios nos perdone.

Por cada Montiel tronera,
hay una Montiel que gana
el cielo, o ganarlo intenta.
Mas siempre por el atajo
vamos nosotros y ellas.

DOÑA CASILDA

Cúmplase la voluntad
de Dios. Sí, Beatriz nos deja;
la llama el claustro; parece
su vocación verdadera.
¿Usted lo duda?

DON GIL

¡Dudarlo!...
Sólo aconsejar prudencia
es en asunto tan grave
mi deber.

DON GONZALO

¡Santa cautela!
Don Gil habla como deben
hablar los libros. Mi ciencia
es saber que no se rige
el mundo por las cabezas.
La mía no me ha servido
de mucho.

DON GIL

Quien lo confiesa
camino va de emplearla
para bien.

DON GONZALO

Hoy, que blanquea,
veleta fuiste, le digo,

con perdón de las veletas,
que al fin señalan el viento
que sopla, y tú ni siquiera
eso hiciste. Pero vamos
con Beatriz: Beatriz es buena;
educada santamente
por esta santa

Señalando a Doña Casilda.

—¡protestas
no permito, hermana mía!—,
la vida devota lleva
con el afán que su padre
tuvo por las bagatelas
del mundo. De mí ha heredado,
ya que no virtud, vehemencia;
temor de Dios, de mi pobre
Angustias, que gloria tenga.
Su vocación religiosa,
o mística ventolera,
yo respeto. ¿Quiere ser
monjita? ¡Bendita sea!...
Seguirá las tradiciones
de la casa. Sor Teresa,
su tía, mi hermana, en Soria
carmelita; Sor Lorenza,
mi otra hermana, capuchina
en Navarra, hoy abadesa;
Sor María de los Angeles,
mi prima, ¡qué linda era!,
monjita de Santa Clara
no sé dónde; Sor Aurelia,
sobrina mía, ¡un asombro
por lo juncal!, en Sigüenza
dominica, y tantas otras...
Vaya mi niña con ellas.

Pausa.

¡Sor Beatriz!, qué lindo nombre
para una monja.

Pausa.

¿Y Esteban?

DOÑA CASILDA

Esteban...

DON GONZALO

Comprenderás
que mi pregunta no lleva
malicia.

DOÑA CASILDA

¡Oh, no!... Resignado.

DON GONZALO

Otro santo, a su manera.
Le quiero bien, aunque no
lo entienda siempre. Poeta,
pintor, tan enamorado
de Beatriz y... ¡tan babieca!

DOÑA CASILDA

¡Pobre muchacho!

DON GONZALO

Un bendito;
también le sobra la tierra.
Mas no es el claustro, es la luna
quien lo llama. Yo le diera
a nuestra Beatriz, mas santo
y santa no hacen pareja
ni en matrimonio; son pan
con pan, de bobos merienda.

En esto del santo yugo
tengo también mis ideas,
Don Gil.

DON GIL

Que serán donosas,
como de usted.

DOÑA CASILDA

Si pudieras
dejarlas para otro día...
Vamos a lo que interesa.

DON GONZALO

Nuestra Beatriz será esposa
del Señor; no habrá quien tuerza
su inclinación, porque ya
el hombre que ella pudiera
amar no se estila o no
es fácil que ella lo vea
en su mundo. Dios me libre
de calumniar a esta nueva
generación, pero creo
que a mi niña no le inquietan
esos pisaverdes que
tozudamente acocean
el pelotón, o que danzan
al son de esas murgas negras
que hoy se gastan. No es galante
la juventud: es atlética,
gimnástica, deportiva.
Ya no es la mujer su tema,
como en mis tiempos. En cambio,
los viejos aun galantean,
y así, el amor es ya cosa
de viejos, sosa o perversa.
¿Qué piensa usted?

DON GIL

Don Gonzalo,
bajo múltiple apariencia,
los enemigos del alma
son hoy los tres que ayer eran.

DON GONZALO

Convencido y aplastado,
Don Gil, por esa sentencia.

Pausa.

¿Y mi sobrino?

DOÑA CASILDA

¿Quién?

DON GONZALO

Juan.

DOÑA CASILDA

Hoy ha de venir. De él cuentan
y no acaban. Ahora dicen
que vende toda su hacienda
de Sevilla y de Sanlúcar
y se va a París.

DON GONZALO

¿Con ella?

DOÑA CASILDA

¿Con quién? ¿Con Elvira?

DON GONZALO

No...
con la última que tenga.
De cuanto el vulgo propala,

sólo es verdad que la venta
me hace de Los Espartales;
y de cuanto se chismea,
que Elvira, su antigua novia,
o su antigua lo que fuera,
vive en Sevilla, casada,
y por Sevilla pasea
a un polaco, su marido,
y a un perro de fosca greña;
y en coche, a pie o a caballo
la ha visto Sevilla entera.

Pausa.

DOÑA CASILDA

¿La sigue Juan?

DON GONZALO

No lo creo;
acaso ni la recuerda.
Juan es de mi casta, mi
sobrino por excelencia.
Su padre, mi primo, tuvo
un harén en la bodega
de su casa, y le decían:
Don Enrique, *in vino, veritas*.
¿Qué piensa usted?

DON GIL

Don Enrique
murió en Sevilla, de vuelta
de Roma, y arrepentido
de sus locuras.

DOÑA CASILDA

Clemencia
tendría Dios de su alma.

DON GONZALO

Sin duda. Mas Juan no lleva
camino de arrepentirse.
Verdad que aun tiempo le queda.

Aparece Esteban en el jardín por el primer rompimiento de la izquierda, senda que figura comunicar con la puerta principal de la verja. Al verle Don Gonzalo exclama:

Pintorcito, ¡Dios te guarde!

ESCENA II

Dichos. ESTEBAN, con un caballete de mano y una caja de pinturas, que abre a su tiempo, sacando de ella una tabla, con el busto del retrato de Beatriz.

DOÑA CASILDA

Esteban...

DON GONZALO

A Don Gil, por Esteban.

Mejor paleta
no hay en Sevilla.

ESTEBAN

Señora...
Don Gil... Don Gonzalo...

DON GONZALO

A Esteban.

Enseña
ese portento.

ESTEBAN

¡Portento...
un borrón!

DON GONZALO

No es la modestia
virtud de pintor. Veamos.

ESTEBAN

¿No hay otro remedio? Sea.

Muestra el retrato borrado.

DON GONZALO

¡Pintorcito, tú estás loco!

DOÑA CASILDA

¿Qué ha hecho usted, querido Esteban,
de nuestra Beatriz?

ESTEBAN

Borrarla.

DON GIL

¡Borrar una obra maestra!

ESTEBAN

No, Don Gil, un mal retrato.
Nada hay perdido si ella
quiere hoy posar; todavía
queda luz.

DON GONZALO

Mas la paciencia
del modelo...

ESTEBAN

Don Gonzalo,
si hoy, al mirarla, no veo
lo que quiero ver, renuncio
a pintar.

DON GONZALO

¿Por mucho tiempo?

ESTEBAN

Para siempre. Hoy he soñado
con el retrato. Del lienzo
salir quería y gritaba:
¡Mal pintor, cómo me has hecho!
Toda obra mala reniega
de su autor.

DOÑA CASILDA

Siempre el maestro
desconfía.

DON GONZALO

Sobre todo
si aplaude el vulgo.

ESTEBAN

No es eso,
Don Gonzalo; en esta casa
nadie es vulgo; y yo agradezco
su elogio de mi pintura.
Pero un retrato no es bueno,
aunque aplauda el sabio, si
no es trasunto del modelo.
¿Qué es un retrato? Es un rostro
pintado que largo tiempo
mirará con ojos que
no parpadean, y, abiertos

o entornados, seguirán
mirando, vivos y quietos,
a otros ojos cuando no
los puedan mirar los nuestros.
Los ojos han de tener,
no como dicen misterio,
sino verdad. Enfoscados
bajo de turbio entrecejo,
o bajo frente tranquila,
dulces, claros y serenos,
los ojos en un retrato
no pueden ya ser espejos
del mundo en que los miramos,
mas del mundo que ellos vieron.
Importa, cuando unos ojos
han de quedar en el lienzo
para siempre, que nos digan
a quién de cerca o de lejos
gustan de mirar, cuál fué
su paisaje predilecto,
y quién—puesto que ellos dicen
un diálogo secreto
de alguien con algo o con alguien—
quién es el otro para ellos.
De los ojos de Beatriz
no soy yo, y harto lo siento;
mas como Beatriz nos deja
a todos, no son mis celos
ni mi amor ya de este mundo,
sino del suyo. Por eso,
en el óvalo de rosa
de su rostro dos luceros
quise pintar extasiados,
mirando al galán perfecto.
Mas, ¡ay!...

DON GONZALO

Mas, ¡ay!... que estás loco.

ESTEBAN

Puede ser.

DON GONZALO

Como un cencerro,
pintorcito. Si Velázquez
oye lo que estás diciendo,
baja a este mundo y te rompe
las costillas con el tiento.
Don Gil, el mundo se acaba.
Así decían los viejos
de mi tiempo, siempre que
escuchaban algo nuevo.
Pero prosigue. Quedaste
en ¡ay!, si mal no recuerdo.

ESTEBAN

Mas, ¡ay!, que esos ojos no
son los de Beatriz; lo veo
claro al recordar el rostro
pintado y el del modelo.
Por eso...

ESCENA III

Dichos. JUAN, con traje de cazador y su escopeta.

JUAN

No es necesario
anuncio en jardín abierto.
Tíos, salud. Al pintor,
gloria; Don Gil, mis respetos.

DOÑA CASILDA

¡Juan, sobrino!...

DON GONZALO

Abrazándole.

¡Ah, descastado!

DON GIL

Don Juan de Mañara, espejo
de cazadores.

ESTEBAN

Con ese
atavío cinegético,
cuando quieras te retrato.

Esteban se aparta del grupo y prepara su caballete.

DON GONZALO

Calle el emborrona lienzos.
¿Vienes de Los Espartales,
nuevo Nemrod?

JUAN

Dejando la escopeta arrimada a un árbol, a la derecha, junto a la casa.

De allí vengo,
tío. Para despedirme
de mi finca, de paseo
salí esta mañana con
caballo, escopeta y perro.
No he cazado, pero he visto
mis campos, hoy que los pierdo.

DON GONZALO

Porque los vendes, diablo.

JUAN

Es verdad, porque los vendo.

DON GONZALO

Mas finca que yo te compro
no tendrá muy alto cerco
para ti.

JUAN

No. Gracias, tío.
Pero usted sabe que pienso
marcharme.

DON GONZALO

¿Adónde?

JUAN

Aun no sé.
Anclado en el río tengo
mi yate. Estaré en Sanlúcar
para vender mis viñedos
—si hallo comprador—mañana.

DON GONZALO

Diablos, ¿cuánto dinero
necesitas?

JUAN

Mucho y todo
para gastarlo y perderlo.

Le miran con asombro.

Viendo esta mañana el río
entre tarayes y adelfos
correr hacia el mar, cruzando
dehesas y cazaderos,
por estos campos de lujo,
ancho, inútil y sereno,

pensé en mi vida. Hacia el mar
mis horas ociosas llevo
de señorito andaluz
rico, galán y torero,
alegre, porque lo dicen,
cazador que tira al vuelo
o al paso, no mal jinete,
buen bebedor y maestro
en el arte de pasar
la vida y matar el tiempo,
mimado de la fortuna
como estos campos me hicieron.

Pausa.

No me duele ser quien soy,
ni hay en mí remordimientos
como en mi padre; mi padre
creía, yo apenas creo...
Pero acelerar quisiera
mi destino.

DOÑA CASILDA

¡Santo cielo!
Perdiste el juicio.

JUAN

Mi vida,
¡camina a compás tan lento!
Quiero arrancar las raíces
que me afincan a este suelo
para correr como el río,
y más de prisa y más lejos...

DON GONZALO

Don Gil: varón de mi casta

Señalando a Juan.

por el atajo al infierno
se nos quiere ir.

JUAN

¡Quién sabe!

DON GIL

Siempre se ha dicho que el *taedium*
vitae es anuncio, si no
señal de arrepentimiento,
Don Juan...

ESCENA IV

Dichos. BEATRIZ, con hábito morado.

DON GONZALO

Beatriz, hija mía,
mira a quien tienes aquí

Por Juan.

hace rato y todavía
no ha preguntado por ti.

BEATRIZ

¡Juan!...

JUAN

Primita...

DON GIL

Dios te guarde,
Beatriz.

DOÑA CASILDA

Sobrina...

Señalando a Don Gil.

BEATRIZ

Señor
Deán...

ESTEBAN

Aparte.

El jardín, la tarde,
la monja y el cazador...

JUAN

A Beatriz.

¿Te acuerdas de mí? ¿He cambiado
mucho?

BEATRIZ

Mucho no... algo sí;

Emocionada, se le cae el rosario y Juan lo recoge y se lo da:

¡oh, gracias!... Como han pasado
diez años...

JUAN

Cuando te vi
la última vez corrías,
la larga trenza a la espalda,
por este jardín; lucías
larga trenza y corta falda.
Hoy, con hábito morado
y el cabello recogido...
¿Cómo no te lo has cortado
a lo *garçon?*

BEATRIZ

No he querido.

JUAN

¿Por qué?

BEATRIZ

Porque soy mujer.

JUAN

Bien, primita.

BEATRIZ

Y además,
porque no me gusta hacer
nada a medias. Ya sabrás
que todo habrá de caer.

JUAN

Así me gustas: valiente.

BEATRIZ

Para Dios serlo deseo.

ESTEBAN

Bien dicho.

BEATRIZ

Reparando en él.

Esteban...

ESTEBAN

Presente.

BEATRIZ

No te había visto.

ESTEBAN

Lo creo.

JUAN

Beatriz, ¿nos hará el pintor
tu retrato?

BEATRIZ

En ello está.

JUAN

Que sea tu obra mejor,
Esteban.

ESTEBAN

Se intentará.

JUAN

Y a ti, prima, que Dios quiera
hacerte una santa.

DON GONZALO

Y vamos
a lo nuestro, gran tronera.

JUAN

Vamos, tío.

DON GONZALO

Aquí dejamos
al pintor con su modelo
apurar la luz del día,
mientras de cosas del cielo
hablan Don Gil y tu tía.

Aparte a Juan.

Y eso contigo no va.

JUAN

Aparte a Don Gonzalo.

Ni con usted.

DON GONZALO

Aparte a Juan.

Gran bribón.

DON GIL

Yo también, que mi hora es ya,
me despido; a la oración
quisiera estar en Sevilla.

DON GONZALO

Adiós, Don Gil.

DON GIL

Al pintor.

Que admiremos,
pintor, esa maravilla.

A Juan.

Y a usted, por si no nos vemos,
que sea el viaje feliz,
a donde sea.

JUAN

Gracias. Ahora
no sé si será...

DON GIL

Beatriz,

A Doña Casilda.

hasta pronto. Adiós, señora.

Todos acompañan a Don Gil—menos el pintor—hacia la puerta. Don Gonzalo y Juan se van hacia la casa. Beatriz y el pintor, hacia donde está el caballete. Doña Casilda va también hacia ellos, pero Don Gonzalo la llama con un gesto, dándole a entender que deje solos al pintor y a su modelo.

ESCENA V

BEATRIZ y ESTEBAN. Después, JUAN.

ESTEBAN

¿Hoy no posamos?

BEATRIZ

Sí, sí.

ESTEBAN

Un momento...

BEATRIZ

Lo que quieras.

ESTEBAN

Queda apenas luz.

BEATRIZ

¿A ti
te parece?

Se sienta en la silla y compone sus cabellos, adoptando la *pose* conveniente.

¿Así...? ¿Qué esperas?

ESTEBAN

Hoy eres otra.

BEATRIZ

¿Mejor
o peor?

ESTEBAN

No sé... Esos rojos
de los labios... y en los ojos
una vida...

BEATRIZ

¿Sí?

ESTEBAN

Un fulgor
imposible de copiar.
Mírame.

Beatriz lo mira.

No... Es un matiz...
¡Ay! ¡Quién te hiciera brillar
así los ojos, Beatriz!

BEATRIZ

Calla y pinta, que ya está...

ESTEBAN

Aparte.

¡Y es ella!...

BEATRIZ

Yéndose el día.

ESTEBAN

Hoy al verte se diría
que viene, no que se va.

BEATRIZ

¿Quién?

ESTEBAN

Nadie. Un momento quieta.
Mira a donde antes. Así.

Pintando.

¿Qué mirabas?

BEATRIZ

La escopeta
que Juan se ha dejado ahí.

ESTEBAN

¿Juan?

BEATRIZ

Mi primo.

ESTEBAN

Sí; ya, ya...
¿Cuánto va que no lo viste?

BEATRIZ

Diez años.

ESTEBAN

¿Lo conociste
en seguida?

BEATRIZ

¡Claro está!

ESTEBAN

Por Sevilla hace que andaba
varios días.

BEATRIZ

Lo sabía
y creí que no vendría
hasta ayer. Pero hoy me daba
el corazón que venía.

ESTEBAN

Dejando de pintar un momento.

¿El corazón?

BEATRIZ

Es un modo
de decir... No sé por qué...
Vamos... yo me figuré...

ESTEBAN

Está bien... Después de todo...

Vuelve a su pintura, que no deja mientras sigue hablando con Beatriz.

BEATRIZ

Muy equivocado estás
si piensas...

ESTEBAN

No pienso; veo.

BEATRIZ

¿Pero tú crees?

ESTEBAN

Yo creo
en todo y en algo más.

BEATRIZ

Pero si él no se ha acordado
de mí nunca. Si ahora viene
a su negocio. Si tiene
que irse mañana o pasado,
y no habrá tiempo de hablar
dos palabras; si él desdeña
pararse.

ESTEBAN

El ave rafeña
nunca pasa sin robar.

BEATRIZ

¿Y es tan loco?

ESTEBAN

Yo no sé...

BEATRIZ

¿Qué piensas de él?

ESTEBAN

Que en su cara,
más que el Don Juan, el Mañara
de su apellido se ve.

BEATRIZ

Pero Mañara fué un santo.

ESTEBAN

Después de ser el tronera
mayor de Sevilla entera.
Así tu primo...

BEATRIZ

No tanto.
Y oye: de aquella muchacha
con quien él huyó de aquí
¿no dice nada?

ESTEBAN

No. Si
aquello empezó una racha
de aventuras, que, después,
ni se han podido contar.

BEATRIZ

¿Pero él la raptó?

ESTEBAN

Raptar...
o ser raptado, igual es.

Fué aquélla... la iniciadora
del camino que el destino
le marcó... Pasó su hora
y se quedó en el camino.

Aparece Juan en la puerta de la casa haciendo señas a Beatriz de que guarde silencio, y se va acercando de puntillas a ver el retrato por detrás de Esteban, que, abstraído en la contemplación de Beatriz, no nota su presencia hasta que lo oye hablar.

¡Quién sabe!

BEATRIZ

Yo...

ESTEBAN

Por favor,
quieta un instante, no más.
Así. No te vi jamás
tan hermosa; el resplandor
de tus ojos ¡cómo brilla!
Si yo logro ser tan diestro
que acierte...

Se inclina al cuadro y pinta con afán, sin dejar de mirar los ojos de Beatriz.

JUAN

Admirado de la pintura y poniendo una mano en el hombro de Esteban.

Bravo. Maestro,
el toque es de maravilla,
definitivo.

ESTEBAN

Volviéndose a Juan, sorprendido y desencantado. Ha comprendido lo que brillaba en los ojos de Beatriz.

Es verdad,
definitivo... y me voy.

Deja de pintar y se levanta.

JUAN

Sigue, sigue.

ESTEBAN

Recogiendo sus bártulos.

No. Por hoy
se acabó. Con Dios quedad,
Beatriz, Juan.

JUAN

Adiós, pintor.

ESTEBAN

Cazador, adiós.

Vase por la primera senda de la izquierda.

ESCENA VI

BEATRIZ.—JUAN

Después de contemplar un momenmento a Esteban, que se aleja.

JUAN

Ingrata...

BEATRIZ

¡Yo, ingrata!

JUAN

Con tu amador,
que en su pintura retrata
sus celos con tal fervor.

BEATRIZ

¿Celos dices?

JUAN

Sí.

BEATRIZ

¡Locura!

JUAN

De Aquel por quien tú nos dejas
y ha de guardar tu hermosura
bajo tocas y entre rejas.
Yo, también enamorado
y celoso...

BEATRIZ

Pronto fué.

JUAN

¿Pues cuándo ha necesitado
amor del tiempo?

BEATRIZ

No sé.

JUAN

Yo sí: por la vez primera.

BEATRIZ

No pregona eso de ti
la fama.

JUAN

¡Gran embustera!
No queriendo, conseguí,
Beatriz, que se me quisiera.
Pero yo nunca he sentido
amor.

BEATRIZ

En tono de broma.

¿Y ellas? ¡Oh dolor!...

JUAN

Ellas felices han sido.

BEATRIZ

En el mismo tono.

¿Dónde hay tormento mayor
que en querer sin ser querido?

JUAN

¿Dónde? En no poder amar.
¿Dónde? En no saber sentir;
en no darse, en no adorar,
en ver sufrir y gozar
sin gozar y sin sufrir.
En que se vaya el momento
que eterno ha podido ser,
dejando en labio sediento...
Y peor en no tener
sed. Ese sí que es tormento.

BEATRIZ

Pretencioso...

JUAN

Negando con el gesto.

¡Ah! Perseguí
el amor en los amores;
pero esa flor de las flores

no me ha nacido... ¡Ni a ti!
¡Juntemos nuestros dolores!
¿Quieres?

BEATRIZ

No tengo dolor
ni sé de otro amor mejor
que el de Dios.

JUAN

Ese es piedad.
Para el hombre...

BEATRIZ

Caridad.

JUAN

No hay caridad sin amor.

BEATRIZ

Me voy...

JUAN

Es claro...

BEATRIZ

¿Por qué?

JUAN

Comienzas a tener miedo,
nena.

BEATRIZ

¿Yo miedo?

JUAN

Se ve.

BEATRIZ

¿De qué?

JUAN

Yo mismo no sé.
De mí. De ti...

BEATRIZ

Pues me quedo.

JUAN

Fué broma...

BEATRIZ

¡Me quedo!

JUAN

¡Así!
Venga esa mano.

BEATRIZ

Aquí está.

JUAN

Acercándosele.

Beatriz...

BEATRIZ

Juan...

JUAN

Escucha.

BEATRIZ

Di.

JUAN

¿Te acuerdas, primita?

BEATRIZ

¡Bah!...
¿pero tú te acuerdas?

JUAN

Sí.
Y tú también. No fué nada
y lo fué todo. Caía
la tarde y la sombra hacía
de la próxima enjarada
un bosque de fantasía.
Aquel jardín, tan sabido
de nosotros, un momento
se nos mostró convertido
en otro, y como perdido
en un paisaje de cuento.
Y echamos a discurrir
de la mano hasta salir
al campo. ¿Hacia dónde?... No
lo podríamos decir
entonces ni tú ni yo.
Ibamos a la ventura.
Pero en nosotros había
una orientación segura.
Nuestro corazón seguía
la senda de la ternura.

BEATRIZ

Por entonces yo tenía
diez años.

JUAN

Yo, quince. Y
¿recuerdas, primita mía,
lo que pasó?

BEATRIZ

¡No!...

JUAN

Yo sí.

BEATRIZ

¡Pues no lo digas!

JUAN

¿Sería
pecado acaso?

BEATRIZ

Mortal.

JUAN

Un beso puro, ideal...

BEATRIZ

Calla.

JUAN

Dos niños...

BEATRIZ

No es eso.
El mal...

JUAN

¡Ah, vamos!, el mal
está en recordar el beso.
¿Verdad? Y tú lo has recordado.

BEATRIZ

¡Calla!

JUAN

Y lo habrás confesado
mil veces. Escucha, ven.
Pues no era mal, era bien,
y era amor, no era pecado.
Era que Dios no quería,

mi bien, que le devolvieras
la hermosura y la alegría
que El te dió, para que hicieras
de ellas tu gloria ¡y la mía!
¡Cómo te voy a querer!
Y tú a mí.

BEATRIZ

¿Quién va a creer
al hombre que tantas quiso?

JUAN

Ensayar era preciso,
chiquilla, para saber.
¿No?

BEATRIZ

¡Tú sabes demasiado!

JUAN

Nada... si tú no me quieres...

BEATRIZ

¿A cuántas has engañado?

JUAN

A ninguna. Yo he buscado
la mujer en las mujeres;
hasta que al fin la encontré.

BEATRIZ

¿Dónde la encontraste?

JUAN

Aquí.
¡Si estaba junto de mí
lo que tan lejos busqué!...

BEATRIZ

No mientas. De aquí saliste
por causa de una aventura
amorosa.

JUAN

¿Tú supiste?

BEATRIZ

Todo. Y que después seguiste
una senda de locura.
Y aunque jamás escribiste
ni una letra, acá han llegado
de tu modo de vivir
noticias que han asombrado...

JUAN

¡Nada feo!

BEATRIZ

¡No!... Es decir,
pecado tras de pecado.

JUAN

Beatriz, al pasado, olvido.

BEATRIZ

No quise yo recordar;
tú fuiste quien lo ha querido,
y ahora...

JUAN

Ahora te pido
que me dejes olvidar.
Sálvame tú.

BEATRIZ

Bien quisiera;
pero... ¡no puedo!

JUAN

¿Por qué?

BEATRIZ

Al pensar en ti no sé
ya rezar. Mi alma se altera
y se oscurece mi fe.
Es el prestigio del mal.
¡Vade retro!...

JUAN

¡Es el amor!

BEATRIZ

¿Es el amor?

JUAN

Sí... ¡Valor!

BEATRIZ

Es un poder infernal.

JUAN

Divino. Es gloria...

BEATRIZ

Es dolor.

JUAN

Divino placer que toca
en dolor. Es la merced
suprema y la sed más loca...

BEATRIZ

¡Juan!

JUAN

Porque es sed de otra boca
que tiene la misma sed.

BEATRIZ

Juan...

JUAN

Beatriz...

BEATRIZ

Mira que no
soy yo como esas mujeres
en que tu gusto buscó
la mujer. Mira que yo
me muero si no me quieres.

JUAN

¡Nena mía!

BEATRIZ

Tuya... Sí.
Cuando en ser monja pensaba...
Ahora lo comprendo...

JUAN

Di.

BEATRIZ

Era que ya no esperaba
que te acordases de mí.

JUAN

¡Mi vida!

BEATRIZ

Tú, hecho a vencer,
a conseguir y a olvidar,
mira lo que vas a hacer,
que yo no puedo volver
al que acabo de dejar.

Juan ha cortado del macizo de flores unas rosas y se las da a Beatriz.

JUAN

Por tu rosario estas rosas
vas a cambiar.

BEATRIZ

¡Tan hermosas
y cortarlas!...

JUAN

No te importen:
lo mejor para las rosas
hermosas es que las corten.
Viven en el tallo un día;
en tu pecho durarán
lo que tu vida y la mía,
y siempre retoñarán
rosas de amor y alegría.

BEATRIZ

¡Ay!

Al coger las rosas se pincha.

JUAN

¿Qué es eso? Sangre...

BEATRIZ

Ha sido
una espina. Pero ve:
tú también estás herido.

JUAN

¿Yo también?... No lo he sentido;
pero me alegro.

BEATRIZ

¿Por qué?

JUAN

Dicen que cuando se dan
alfileres entre amantes
tienen que pincharse antes;
si no, riñen... Pues serán
las espinas semejantes.

BEATRIZ

¿Qué haces?

Juan le ha cogido la mano y le seca la herida con los labios.

JUAN

Secar con el labio
esa gota de carmín.
Borrar de un beso el agravio
que te ha inferido el jardín.
Beber la vida en la palma
de tu manita divina
y sentir no ser espina
para penetrarte el alma.

BEATRIZ

En ella siento el dolor.

JUAN

Recordándole el beso de que le habló y atrayéndola hacia sí.

¡Como aquél!...

BEATRIZ

Resistiéndose débilmente.

No puede ser.

JUAN

Besándola y estrechándola contra su pecho.

Este es mil veces mejor,
porque es el beso de amor
de un hombre y una mujer.

BEATRIZ

Desasiéndose de los brazos de Juan, llena de amor.

Ahora sé por qué morir
desean los que se quieren
tanto.

JUAN

Pero no se mueren.

BEATRIZ

¿No?...

JUAN

Porque amar es vivir.

BEATRIZ

Como si oyera una voz.

¡Sí!... ¿Quién?

JUAN

¡Nadie!

BEATRIZ

¿No has oído?
Si parecía un lamento.

JUAN

No, mi vida; es el aliento
de la noche.

BEATRIZ

Dándose de pronto cuenta de que se les ha hecho de noche.

¡Y ha venido
sin sentirla! Adiós.

JUAN

Aún no;
espérate.

BEATRIZ

Volverás
mañana; hoy no puedo más.

JUAN

Tu padre...

BEATRIZ

Yéndose hacia la casa.

No. Vete, yo
te excusaré. Adiós. ¿Vendrás
mañana?

JUAN

Si no me iría...

BEATRIZ

Volviendo unos pasos hacia él.

Pues esta noche en la reja,
¿quieres tú?

JUAN

Sí.

La abraza.

BEATRIZ

Deja, deja.

Soltándose, avergonzada, se vuelve desde la puerta de la casa para decirle:

¿Vendrás?

JUAN

Adiós, ¡vida mía!

Vase Beatriz.

ESCENA VII

JUAN, solo.

JUAN

Se me esfumó la monjita
¡tan bonita!
Más hermosa
es que el rosario la rosa.
Pero... ¡cómo lo dejó
olvidado!
Ni pensó
en pedírmelo... ¿Es pecado
un beso? Claro que no.
Pero ¿adónde vamos? Yo
no sé adónde... Por supuesto,
prenda amada,
a la gloria. Pero esto
¿no era nada?,
¿no era nada?

Se queda pensativo contemplando el rosario que tiene en la mano.

ESCENA VIII

JUAN.—ELVIRA, vestida de amazona, por el primer rompimiento de la izquierda.

ELVIRA

Juan.

JUAN

¿Quién me llama?

ELVIRA

Soy yo.

JUAN

Extrañado y sorprendido.

¡Elvira!...

ELVIRA

Sí. Ayer me has visto
sin conocerme.

JUAN

¿Eras tú
la que ayer cruzó conmigo
del brazo de aquel señor
extranjero?

ELVIRA

¡Eh! No... (¡Dios mío!)
Sí, yo era.

JUAN

Contrariado.

¿En qué lugar
me buscas?

ELVIRA

No elijo sitio.
Ni ahora ni nunca sabrías
de mí a no haber sucedido
algo horrible que me obliga
a buscarte. Sin respiro
ni descanso hace tres horas
que desalada te sigo.
Fuí a tu casa; desde allí
a Los Espartales; dijo
el guarda que aquí venías,
y aquí tras de ti he venido.
Es necesario que sepas...
¿Qué me miras?...

JUAN

Que la ha contemplado con extrañeza y curiosidad.

Ante el tipo
de esa perfecta elegancia
internacional, vacilo
en conocer a la dulce
macarenilla que ha sido...

ELVIRA

Para algo grave, muy grave...

JUAN

¡Qué cara!...

ELVIRA

Te necesito.

JUAN

Dispuesto me tienes siempre,
y por muy olvidadizo

que tú me creas, no puedo
negar mi deuda contigo,
ni quiero.

ELVIRA

Nada me debes.

JUAN

¿Nada?

ELVIRA

No, vive tranquilo.
Otros pagaron por ti,
y con creces.

JUAN

¡Me das frío!

ELVIRA

La fidelidad, virtud
de perro.

JUAN

Movimiento de asombro y disgusto.

¡...!

ELVIRA

Tú me lo has dicho
una vez. Pero, en fin... oye.

JUAN

Con creciente interés y curiosidad.

Sí, cuenta, dime. Es preciso
que yo sepa... ¡Si no salgo
de mi asombro! ¿Tú has podido
cambiar así? Entonces... dime...

ELVIRA

No hay tiempo ahora.

JUAN

Lo exijo.

ELVIRA

Cuando tú me abandonaste...

JUAN

¿Qué hiciste luego?

ELVIRA

He caído,
pero, ¿qué te importa? Luego...
Sólo como señorito
curioso conoces tú
el hampa. Yo la he vivido.
Por milagro duró poco
la bohemia; abrió camino
la guerra a mis ambiciones.
Hice fortuna. El prestigio
de esta maldita belleza
me ayudó. Estuve al servicio
de unos y otros, como espía.
Por mi causa se han perdido
batallas... o se han ganado.

JUAN

Contemplándola asombrado y como desconociéndola.

¡Elvira!

ELVIRA

¿Pues no es lo mismo?
Jugué la vida y salí
rica, indemne y con un título
casada.

JUAN

¿El que anoche iba...?

ELVIRA

Sí, sí. El que viste conmigo.

JUAN

¿Es noble?

ELVIRA

Es... Era.

JUAN

¿Que era?

¿Pues?...

ELVIRA

Ha muerto.

JUAN

¿Cuándo?

ELVIRA

Hoy mismo.

Por eso vengo a buscarte;
no cuento más que contigo,
y yo necesito huir
a todo trance.

JUAN

Con ansiedad y asombro.

¿Qué has dicho?
¿Huir... porque él haya muerto?

ELVIRA

Se ha suicidado de un tiro
en la cabeza.

JUAN

¡Oh!

ELVIRA

El arma
era segura y sin ruido.
Ni una queja, ni...

JUAN

¿A qué hora
ocurrió?

ELVIRA

Sobre las cinco.
Nos levantábamos tarde
y casi siempre salíamos
a caballo...

JUAN

Mirándola fijamente.

Hay que volver
allá.

ELVIRA

¡¡Jamás!!

JUAN

Ahora mismo.
¿No comprendes, insensata,
que si huyes?...

Una sospecha terrible le asalta.

Tú no me has dicho
la verdad.

Cogiendo la mano de Elvira.

ELVIRA

Yo...

JUAN

La verdad,
y toda.

ELVIRA

Suelta. Yo he sido
quien le mató.

JUAN

Asombrado y atónito.

¿Tú?

ELVIRA

Sí. El era
un aventurero indigno
que me explotaba; un engaño
su fortuna, otro su título.
Porque me negué a seguirle
de hoy más, de cólera lívido,
me pegó y me amenazó
de muerte. Yo, en un descuido,
le arrebaté la pistola
y lo he matado de un tiro
en la sien. No me arrepiento,
él hubiera hecho conmigo
igual. Era un duelo a muerte
nuestra unión. El ha caído.

JUAN

Mirándola, sin salir de su asombro.

¡Imposible! Y esos ojos
están secos y en el brillo
de esa mirada no asoma
dolor ni miedo. ¿Quién hizo
de ti esta mujer que no
conozco y me aterra? Dilo.
¿He sido yo?

ELVIRA

No, la vida;
tú me pusiste en camino.

JUAN

¡Pero llora, llora, al menos!...

ELVIRA

¡Llorar!... Sólo tú me has visto
llorar una vez: ¡la última
y la primera! Suspiros
y lágrimas, ¿de qué valen?
Dinero es lo que preciso
yo ahora.

JUAN

Tómalo. ¿Que harás?

ELVIRA

Al patrón de un vaporcillo
compraré, y en pocas horas
me alejaré del peligro.
Un puerto de Portugal
o Argelia me dará asilo,
y de allí, a París, en donde
tengo fortuna y amigos
que me oculten mientras pasan
del juez los primeros ímpetus.
Adiós. Y gracias.

JUAN

Espera.
Yo tengo un yate en el río.
El capitán es de toda
mi confianza, y sumiso
a mi orden te llevará
donde quieras ahora mismo.

ELVIRA

¿Tú no comprendes que eso
te complica en mi delito?

JUAN

¿Qué te importa, soy yo ahora
quien te dice?

ELVIRA

Yo he pedido
dinero, que es lo que que puedo
devolverte. El sacrificio
de lo que no he de pagar
ni lo espero ni lo admito.

JUAN

Orgullo, fiereza...

ELVIRA

¡No!
Te conozco: tú me has visto
otra y quieres conquistar
a esa otra.

JUAN

¡Yo!

ELVIRA

Es tu oficio.
Hace un momento tenías
comenzado un nuevo idilio,
y ya lo arriesgas.

JUAN

¿Tú sabes?...

ELVIRA

Por esa verja os he visto.
Don Juan y la monja. El cuadro
era bello, pero antiguo.
Gana me dió de gritarle
quién eres. Pero es lo mismo;
que pague como otras muchas
su pasión o su capricho.

JUAN

¿La odias también?

ELVIRA

No me importa.

JUAN

¿Y en mí no ves?...

ELVIRA

El ridículo
recuerdo de una inocencia
que hoy ni siquiera concibo.

JUAN

¿Nunca me quisiste?

ELVIRA

No
es tiempo de discutirlo.

Aparece Beatriz tras la reja de su ventana iluminada y escucha oculta el fin de la escena.

Pero lo que fué y no es
como si no hubiera sido.
Adiós, tengo prisa.

JUAN

Aguarda
un momento.

Acercándose a Elvira y cogiéndola por la mano.

¿Y nuestro hijo?

ELVIRA

Murió.

JUAN

¿Murió?

ELVIRA

¿Eso te apena
Juan? ¿Y si hubiera vivido?
Déjame marchar.

JUAN

Elvira,
en el fondo de ese abismo
de maldad ¿no queda nada
de aquella luz que yo he visto
bajo mis ojos un día?

ELVIRA

Tú soñabas, Juan.

JUAN

Te miro
con miedo.

ELVIRA

Sí; tú querías
contemplar tu rostro lindo
en mis ojos y en mis ojos
no hay nada tuyo.

JUAN

Algo mío
veo en ellos.

ELVIRA

¿Qué?

JUAN

No sé.
Quizás tu crimen.
¿Has dicho
que vas a París?

ELVIRA

Si llego.

JUAN

¿Qué harás allí?

ELVIRA

¡Oh!, el destino
dirá: ventura, aventura
y libertad.

JUAN

Casi con espanto, háciendo una última apelación a la conciencia y a los sentimientos de Elvira.

¡Inaudito!
¿No te abrumará el recuerdo
de estas horas?

ELVIRA

Con cínica lealtad.

Si te digo
la verdad, vas a gritar
de asombro.

JUAN

No. Te adivino.
¡Me das horror! Vete.

ELVIRA

Adiós.

JUAN

Espera... Me voy contigo.

Se va con Elvira. Beatriz, tras de la reja, muestra su desolación sin poder gritar siquiera.

Telón.



ACTO SEGUNDO

Sala en casa de JUAN. La acción pasa en París

ESCENA PRIMERA

JUAN, solo, examinando el bolso de Elvira que está sobre la mesa y de donde va sacando los objetos que indica el texto.

JUAN

Aquí de mi Doña Elvira
quedó el carmín olvidado,
y en su marquito dorado,
el espejo en que lo mira.
Y en un dije, una pintura
en marfil, bajo cristal:
su retrato en miniatura...
Y un perfume...
Y un puñal,
entre joyel y juguete...
¡Bien buído
tiene el agudo estilete!...
El pomo de oro bruñido...
Quede donde yo lo vea.
De este superfluo equipaje
puede que esta joya sea
sólo prenda de viaje.
¿Y estos ojos?—ya no hay nada
de aquella luz que yo ví,
pobre Elvira, en tu mirada—
¿por qué me miran así?

¡Y estos labios que padecen
la pena del beso frío
y aun en pintura parecen
escupir un nombre: el mío!...
¡Odio y desdén! Esta boca,
¿sólo es fuente que envenena
la misma sed que provoca?...
¿O, acaso—dura condena—
acepta ya el sacrificio
de aplacar la sed ajena
sin sed? ¡Santidad del vicio!

Pausa.

¿Amor? No. ¿Piedad? No sé.
Aun en mi mano tenía,
¡qué ironía!,
un rosario que pagué
con rosas; y todavía
entre el aroma, vagaba,
del jardín, súplica y queja,
una voz que me llamaba:
"¡Juan, esta noche en la reja!"
cuando tú me apareciste
como brota una figura
de un mal sueño; blanca y triste,
con tu crimen, hosca y dura.
En tu mano
sangre había,
y la noche de verano,
como una ráfaga fría,
cruzó tu voz: "Aquí estoy,
mírame bien", y en mi pecho
se heló mi aliento: "Yo soy,
Juan, la mujer que tú has hecho".
Luego... el jardín se alejaba,
y, por el campo sombrío
yo al par de ti, cabalgaba.

Después nos llevaba el río.
Hoy en París (¡cómo suena
lejos, su rumor gregario
y cerca el fluir del Sena!)
contigo y tan solitario,
recuerdo el París de un día
en que, orgulloso y triunfante,
en tus ojos me veía,
¡oh, espejo que yo tenía
y el odio trocó en diamante!

ESCENA II

JUAN, PABLO, criado.

PABLO

¿Da su permiso, señor?

En la puerta.

JUAN

¿Quién me llama? Ah, sí... Adelante.

Entra Pablo y entrega a Juan una tarjeta.

Esteban Larios, pintor.

Leyendo.

¡Esteban! Pase al instante.

Vase Pablo.

ESCENA III

JUAN y a poco ESTEBAN, que permanece en la puerta.

JUAN

¡En París y en esta casa!
Es extraño.

ESTEBAN

Juan.

JUAN

Esteban,
¿cómo tú aquí?

ESTEBAN

¿Debo darte
la mano?

JUAN

Acaso no debas.
Pero, siéntate. Pareces
fatigado.

ESTEBAN

No; contesta,
te lo suplico: ¿Y Beatriz?

JUAN

¡Beatriz!

Con gran asombro.

No sé nada de ella.

ESTEBAN

Juan, amigos, casi hermanos
hemos sido... No me mientas.
Todo lo sé.

JUAN

¿Todo? Dime
por caridad lo que sepas.
Pero antes, aguarda.

Se levanta y cierra la puerta.

Ahora
siéntate a mi lado, y cuenta.

ESTEBAN

¿Quieres oír de mis labios
tu aventura?

JUAN

Sí.

ESTEBAN

Pues sea,
te complaceré. Al siguiente
día de la tarde aquella
en que nos vimos, Sevilla
tuvo escándalo y tragedia.

JUAN

¿Tragedia?

ESTEBAN

El asesinato
de Fedowski. Malas lenguas,
al saberse que del crimen
la autora presunta era
Elvira, tu antigua novia,
que huyó, sin que nadie pueda
decir por dónde ni cuándo,
coincidiendo con tu ausencia,
con mil extrañas historias
dieron pábulo a sospechas
de que otras lenguas peores,
es decir, más verdaderas,
te libraron.

JUAN

¿Cómo?

ESTEBAN

Fuiste
de melodrama a novela
romántica en pocas horas.
La fama fué justiciera.
¡Cómplice Don Juan de un crimen!
Nunca. Raptor de doncellas,
ya era otra cosa... Y se supo
la verdad. De puño y letra
de Beatriz, en su aposento
vacío, sobre su mesa,
la mañana de aquel día
se encontró esta carta. Léela.

Le entrega una carta.

JUAN

¡Una carta! Dame. "Parto
con Juan. Que nadie pretenda
buscarnos. Yo volveré
con él, o nunca."

ESTEBAN

¿Más pruebas?

JUAN

¡Inaudito!

ESTEBAN

Don Gonzalo
puso, entre llanto y blasfemia,
el grito en el cielo. "Yo,
personaje de tragedia
a mis años", repetía,
"pintorcito, ¡qué vergüenza!"
Fuimos al río. Tu yate
ya no estaba allí. Las señas

eran claras. Y a Sanlúcar,
—ya más de las doce eran—
Don Gonzalo y yo corrimos,
el pobre Lear de opereta
y el pintor de musarañas,
en auto, quemando leguas.
En Sanlúcar, a las dos,
y en tu casa, por Mairena,
tu administrador, tuvimos
noticias de ti y aun cierta
huella de tu paso vimos.
Con él arreglando cuentas
estuviste aquella noche.
¿Es cierto?

JUAN

Cierto.

ESTEBAN

Y las prendas
trocaste de cazador
por otras.

JUAN

Sí.

ESTEBAN

En tu chaqueta,
y en un bolsillo (perdona
la policíaca faena,
el traje estaba a la vista,
¡tan a la mano! en su percha)
hallamos este rosario.
¿Es de Beatriz?

JUAN

Sí.

ESTEBAN

¿Más pruebas?

JUAN

Prosigue.

ESTEBAN

Ya queda poco
que contar. Orden expresa
diste a Mairena de hacer
giro a tu nombre y a esta
tu casa en París, dejando
transcurrir semana y media.
¿Es verdad?

JUAN

Sí.

ESTEBAN

Aquella noche,
o a la madrugada...

JUAN

Era
entrado el día...

ESTEBAN

Tu yate
surcaría el mar sin huellas.
Don Gonzalo y yo a Sevilla
volvimos. El, con su pena
por apenarse, cayó
enfermo. No hubo manera
de aplacarlo y todavía
me temo que a París venga.
Ahora...

JUAN

Es verdad cuanto has dicho
y nada de lo que piensas.
Porque ni Beatriz está
conmigo...

ESTEBAN

¡Juan!...

JUAN

Ni ella era
quien de Sevilla a Sanlúcar,
para tomar de Marsella
el camino (añade un trozo
a tu cinta de cinema)
iba conmigo. No fuí
el Don Juan de mi leyenda,
ni ha sido justa la fama
para mí, sino benévola.
Elvira y yo por el río
huimos la noche aquella
de la tarde en que pintabas
a Beatriz.

ESTEBAN

Mas, estas letras...

JUAN

Son de Beatriz, pero mienten.

ESTEBAN

¿Y este rosario?

JUAN

Es de ella
también. Lo cambió por rosas
de su jardín.

ESTEBAN

Pero...

JUAN

Esteban,
busca a Beatriz. Por su carta
extraña, absurda, sospecha
tengo de que está en París.
Búscala.

ESTEBAN

Mas, ¿dónde?

JUAN

Vuela,
pregunta, indaga. En Neuilly,
por su tía, acaso tengas
noticias suyas. Y escribe
a Don Gonzalo; que sepa
la verdad. Yo hablé de amores
a Beatriz y hasta en su reja
cita con ella tenía;
pero, ¡por mi madre muerta
te lo juro!, ni yo he sido
su raptor, ni su honra ofensa
sufrió de mí.

ESTEBAN

Juan, perdona
si tan marcada apariencia...

JUAN

Lo comprendo. La locura
anduvo en Sevilla suelta...

ESTEBAN

Y en horas que parecían
tan plácidas y serenas.

JUAN

La locura es como el aire,
siempre alentamos en ella;
pero sólo la advertimos
cuando sopla y brama fuera.

ESTEBAN

¿Y dime, el crimen de Elvira?

JUAN

Lo hice mío y no me pesa.
¿Te asombra?

ESTEBAN

Todo un Mañara
y un Montiel, ¡quién lo dijera!,
como un vulgar delincuente
encubridor de una fea
hazaña.

JUAN

Sí. Di a Beatriz
que no soy lo que ella piensa;
que me desprecie y me olvide,
y te ame a ti, noble Esteban.

ESTEBAN

Ni lo sueño, Juan. No vine
como amante a pedir cuentas
a un rival; vine a pedirte
amor y piedad para ella.

JUAN

No. Que me olvide. Ya es otro
mi camino. Aunque quisiera
volver atrás no podría.
Esa mujer me encadena.

ESTEBAN

¿Te quiere?

JUAN

Me odia.

ESTEBAN

Es entonces
también de Don Juan tu empresa,
persigues otra conquista.

JUAN

Quizás.

ESTEBAN

Otra fortaleza
quieres rendir, con las armas
de Don Juan.

JUAN

Con otras nuevas,
porque esas armas no sirven,
quiero decir no se emplean
dos veces, pues la segunda
fracasan, fallan, se mellan.
Elvira mató el orgullo
que busca en la amada bella
espejo que lo retrate.
Narciso en la fuente seca
es más triste que Caín
errante sobre la tierra,
y más humilde.

ESTEBAN

Don Juan
dos veces no se contempla
en el mismo espejo.

JUAN

Y eso
le salva; mas ¡si lo intenta!...
Hoy cerca de Elvira, siento
que hasta la llama se hiela
de mi juventud.

ESTEBAN

No sigas,
porque escucharte me apena.
Mi consejo: si no tienes
vocación de santo, déjala.

JUAN

Ya es tarde.

ESTEBAN

Dame los brazos.

Lo abraza.

Y mírame. Tu cabeza,
aunque sin seso, es hermosa.
Si tú me lo permitieras
te retrataba ahora mismo.

JUAN

Siempre igual... Ella se acerca.

ESTEBAN

Me voy.

JUAN

Mas vuelve esta tarde.

ESTEBAN

Así lo haré.

JUAN

Adiós, Esteban.

Esteban vase, saludando a Elvira, que ha aparecido en la puerta.

ESCENA IV

JUAN.—ELVIRA.

ELVIRA

Juan...

JUAN

Elvira.

ELVIRA

Adiós.

JUAN

Adiós...

ELVIRA

¿Estás malo?

JUAN

No.

ELVIRA

Yo debo
llegar a Londres mañana.

JUAN

¿Y volverás?

ELVIRA

No... Si vuelvo,
será por muy pocos días.

JUAN

¿No hay remedio?

ELVIRA

No hay remedio.

JUAN

Pues, adiós...

ELVIRA

Adiós...

JUAN

¡Elvira!

ELVIRA

¿Amigos?

JUAN

Amigos; pero...

ELVIRA

¿Qué quieres?

JUAN

Nada. ¿Te vas
esta misma tarde?

ELVIRA

Dentro
de pocas horas; mas antes,
—se me olvidaba—el dinero
que me diste, y que no ha sido
preciso.

JUAN

Guárdalo.

ELVIRA

Bueno:
dinero y salud. Ahora,

para hacer el don perfecto,
librarme de la presencia
del acreedor y...

JUAN

No quiero
que emprendas ese viaje.
¿Entiendes?

ELVIRA

El salvamento
tiene un límite: la orilla;
tú ya me has puesto en terreno
firme para mí. Tu obra
se terminó. Separemos
con lealtad dos vidas que
unió el engaño un momento.

JUAN

¿El engaño?

ELVIRA

No pretendas
saber más que yo. Derecho
no tienes a penetrar
donde yo misma no puedo.

JUAN

¿No puedes?

ELVIRA

No.

JUAN

Pero un día
—¿qué hiciste con el recuerdo,

Elvira?—, un día en mis brazos
yo sentí temblar tu pecho
de amor.

ELVIRA

¿De amor? Pero ¿cómo
sabes que era amor aquello?
¿Amor? Yo no sé qué era
lo que perdí sin tenerlo.
Tú amaste como el que mata,
y algo en mí quedó ya muerto
para siempre, para ti
y para todos.

JUAN

Tras ello,
vida, corazón, fortuna
y nombre, todo lo arriesgo.
¿Es esto amor, otro amor
distinto? ¿Arrepentimiento?
¿Asombro del mal causado?
¿Sed de conquista? ¿Despecho
de verte ajena y lejana
de mí? ¿Piedad del tremendo
dolor que ha secado en ti
toda ternura?... No puedo
explicarte bien lo que
para mí mismo es tan nuevo.

ELVIRA

Es tarde. Yo no podría
dar más de lo que me dieron.
Lo que fué tuyo y de tantos
después...

JUAN

¡Elvira!

ELVIRA

El deseo
es mi esclavo. Yo en los otros
lo provoco, no lo siento.
Para mí no es un peligro;
es un arma. En este duelo
de mi vida con la vida
he de esgrimir cuantas tengo.

JUAN

Pero si yo no te hablo
de ese amor, ¿qué piensas?, quiero
un alma que no fué mía,
es verdad, pero ha de serlo.

ELVIRA

No existe ya.

JUAN

Yo he de verla
brillar en tus ojos negros
o he de morir...
¿No comprendes
que lo di todo por eso
cuando manchada de sangre
tu mano en mi mano he puesto?
Escucha, Elvira. Yo he sido
malo contigo. No intento
disculparme. Así se mata,
es verdad, pero el deseo
es así: mata de frío
o de calor, cerca o lejos.
No pensé en tu amor; amé
por los dos. Cuando el incendio
se apagó borró tu imagen;
murió la luz con el fuego;

fuí malo contigo, Elvira,
es verdad; pero ahora quiero,
necesito devolverte
en bien el mal que te he hecho.

ELVIRA

¡Devuélveme a nuestro hijo!

JUAN

Tal vez porque era algo nuestro
lo dejaste tú morir...

ELVIRA

Mirando fríamente a Juan.

¡Tal vez...!

JUAN

No. Sería horrendo.
¿Y hoy me lo pides?

ELVIRA

Yo no
te pido nada. Te muestro
que no es posible volver
en bien el mal.

JUAN

Probaremos.
A mí me ha bastado verte
mala para hacerme bueno.

ELVIRA

¿Pero, qué quieres?

JUAN

Salvarte;
que la ternura a tu pecho

vuelva, y la risa a tus labios,
y el llanto a tus ojos; quiero
que las flores a ser flores
vuelvan para ti, y el cielo
esperanza y el camino
de la vida llano y bueno.

ELVIRA

¡Quítale la sal al mar!

JUAN

Tales milagros se hicieron.

ELVIRA

¡Vuelve atrás el río!...

JUAN

Nada
es imposible queriendo.

ELVIRA

Los santos...

JUAN

Vamos a ver:
¿qué es preciso para ello?
Ante todo renunciar
a ese viaje.

ELVIRA

No puedo.

JUAN

¿Qué necesitas? Soy rico
más que imaginas y tengo
realizada casi toda
mi fortuna. Te la ofrezco

para que sin restricción
la dilapides; haremos
tu vida, tu vida, Elvira,
donde quieras.

ELVIRA

El dinero
me es indiferente y lo
que necesito poseo;
me gusta ganarlo y
nada me importa tenerlo.

JUAN

Mi nombre es ilustre. Nada
lo manchó aún; el proceso
de Sevilla no me encarta.
Cómplice y aun verdadero
autor de tu crimen, nadie
en mí pensó; ¡oh jueces rectos!,
como siempre, es una cosa
la verdad y otra los hechos.
Pero, en fin, así mi nombre
claro y limpio darte puedo.
Acéptalo.

ELVIRA

No.

JUAN

En memoria
del que no llegó a tenerlo...

ELVIRA

Nada hay en mí que no esté
manchado. Guarda ese bello
nombre para otra que sea
tu igual.

JUAN

A ti te lo debo.

ELVIRA

¡Y a tantas!
A tu Beatriz,
que no debe de andar lejos.

JUAN

¿Sabes...?

ELVIRA

Al ver al pintor,
sospeché; ¿te busca?

JUAN

Es cierto.

ELVIRA

¡Pobrecilla! Pero cásate
con tu prima. Es lo derecho
y lo justo; no estás ya
para afanes y escarceos;
Juan, es inaudito lo
que has cambiado en poco tiempo.

JUAN

En un instante mudó
todo mi ser; ¿lo estás viendo?
Y ha sido por ti; tú eres
mi vida, fin y comienzo
de mi historia, ayer y hoy.

ELVIRA

Con un abismo por medio...

JUAN

Hay que llenarlo de amor,
borrarlo...

ELVIRA

¿Con qué derecho
pretendes arrebatarme
la única fuerza que tengo?

JUAN

Pues vuelve a los tuyos; sacia
tu feroz resentimiento
con el mundo, en esa vida
de intriga y crímenes. Pero
no, Elvira, ¡no, Elvira! Escucha:
acaso cuando te ofrezco
ser tu marido, no entiendes
que no lo seré en efecto
si tú no quieres; te brindo
con mi nombre mi respeto.
Para salvarte, a tu lado,
y para quererte, lejos,
¡ya ves!...

ELVIRA

Es mi libertad
lo único que deseo.

JUAN

La tendrás. Aceptaré
tu vida sumiso y ciego.
Si el robo, el robo; si el crimen,
el crimen. Seré tu perro
para salvarte... o perderme
contigo, si es que te pierdo.

ELVIRA

¿Tú harías eso?

JUAN

Lo hago
ahora mismo.

ELVIRA

No lo acepto,
y basta ya de locuras.
Adiós, Juan.

JUAN

Elvira. Un beso...

ELVIRA

Ahora, no; ahora, no. ¡Imposible!

JUAN

¿Por qué?

ELVIRA

Porque... ¡te aborrezco!

JUAN

Mentira, mentira. ¡Y lloras!
¡Benditas lágrimas!

ELVIRA

Necio,
quien llora eres tú. ¡Si yo
no he llorado a mi hijo muerto!

JUAN

Elvira, medita a solas
mis palabras; aún es tiempo.
Promete que no te irás
sin decirme adiós.

ELVIRA

Veremos...

JUAN

No. Promete.

ELVIRA

Bien. Mas...

JUAN

Calla
ahora, por Dios; pronto vuelvo.

ELVIRA

¿Y si esa mujer viniera?

JUAN

Recíbela. A ti la entrego
también... Ya no tengo más
que darte.

ELVIRA

Pero, Juan...

JUAN

Piénsalo.

Vase Juan.

ESCENA V

ELVIRA, sola.

ELVIRA

Piénsalo, Elvira... ¡Pensar!
En vano es dar a escoger
entre ganar y perder
al que no puede jugar.

¡Qué es esto! ¿Lágrimas? ¡No!
Pero su voz encontraba
tal eco en mí, que el que hablaba
me parecía ser yo.
Y cuando Juan me decía:
"Elvira, un beso", creí
que era yo quien le pedía
el beso que no le di.

ESCENA VI

ELVIRA. — PABLO, criado, en la puerta.

ELVIRA

¿Qué hay, Pablo?

PABLO

Aquí una señora
pregunta por el señor.

ELVIRA

No está.

PABLO

Ha pedido el favor
de esperar.

ELVIRA

Que pase.

Se va el criado.

ESCENA VII

ELVIRA, sola.

ELVIRA

Ahora
ella... ¡Y se lo llevará!...
Pero qué importa, si es firme
mi resolución. Sí, irme,
irme; pero, ¿dónde?

Al aparecer Beatriz en la puerta.

¡Ah!... ¡Ya!

ESCENA VIII

ELVIRA.—BEATRIZ.

BEATRIZ

Señora, digo...

ELVIRA

Señora,
puede usted decir.

BEATRIZ

¿No está
Don Juan de Mañara?

ELVIRA

Ahora
salió.

BEATRIZ

Pero volverá.

ELVIRA

Yo le haría la visita,
pero he de cambiar de traje
para viajar.

BEATRIZ

¿Un viaje...
largo?

ELVIRA

No.

BEATRIZ

¿Sola?

ELVIRA

Solita.
¿Le extraña a usted?

BEATRIZ

No me extraña
en quien ya puede tener
el hábito...

ELVIRA

Una mujer
no viaja sola en España;
pero aquí...

BEATRIZ

Y allí.

ELVIRA

Si es grave
el motivo, claro está.
Usted lo dice, ¿verdá?,
por experiencia...

BEATRIZ

¡Quién sabe!

ELVIRA

Pero siempre es peligrosa
la hermosura.

BEATRIZ

¿Para quién?

ELVIRA

Para ella.

BEATRIZ

Y para él también,
si además es venenosa.

ELVIRA

¿Para él?

BEATRIZ

Claro, usted sugiere
que el peligro puede ser
un hombre.

ELVIRA

Y de usted se infiere
que el peligro es la mujer.
Comprendido. (Es orgullosa,
y como pocas bonita.)

BEATRIZ

Comprendido. (Tan hermosa,
tan elegante, ¡maldita!)
Y, si no es indiscreción,
ese viaje, señora,
¿cuándo?

ELVIRA

Dentro de una hora
a Londres, en avión.

BEATRIZ

Todo estriba en no pensar
que se pudiera caer.

ELVIRA

O en pensarlo y no tener
gran deseo de llegar.

BEATRIZ

Pero una vez en camino...

ELVIRA

¡Oh! en el aire...

BEATRIZ

Mas, con todo,
camino.

ELVIRA

De cualquier modo
siempre se cumple el destino.

BEATRIZ

No es mal consuelo al que no
puede ir a un sitio cualquiera...

ELVIRA

¿Cómo?

BEATRIZ

Por si allí le espera
la cuenta que no pagó.

ELVIRA

Pero, pagando...

BEATRIZ

No está
el pagar en cierta gente,
sino huir.

ELVIRA

¿Piensa usted?

BEATRIZ

¡Bah!
y, ¿no es verdad?

ELVIRA

Evidente.

BEATRIZ

Pero la estoy deteniendo
y, si ha de marchar, es llano
que el rato que está perdiendo
conmigo...

ELVIRA

Al revés, lo gano.
Hablaba usted de fatales
mujeres.

BEATRIZ

Sí, que envenenan
la vida.

ELVIRA

Hay otras que llenan
la suya en vano de males.

BEATRIZ

¡Ah, por ejemplo?

ELVIRA

La niña
que deja su casa y tierra
y se lanza en una guerra,
pongamos en una riña,
de celos y se propasa
con peligro de su nombre
hasta visitar al hombre
que quiere en su propia casa.

BEATRIZ

Y si esa niña ha querido
a ese hombre hasta enloquecer,
y arrancarlo ha decidido
de brazos de otra mujer,
y está dispuesta a matar,
y está dispuesta a morir...

ELVIRA

Es más mérito el dejar
que el conseguir.

BEATRIZ

Eso responde quien puede
estar de todo cansada,
hastiada. El amor no cede.

ELVIRA

De eso hay quien no sabe nada,
pobre niña.

BEATRIZ

Pobre, no,
ni niña...

ELVIRA

Aplaque su brío.
Lo que usted busca y es mío
no puedo tenerlo yo.
¡No cede el amor!... ¿Qué haría
usted por él? ¿Sustentarlo
con su sangre noche y día?
¿Velar su sueño?
¿Adorarlo?
¿Darle la vida, arrojarse
a un abismo, disputar
su cariño al fuego, al mar;
morir, matar y matarse?
¿Ser su mujer, su querida,
su esclava, lo que él quisiera,
creer en lo que él creyera,
santa por él o perdida?...
¿Ser su almohada, su espejo,
su sombra, un objeto suyo?
Pues yo hago más: yo lo dejo,
yo,—como usted dice—huyo.

BEATRIZ

Pero, Elvira...

ELVIRA

Nombres no.

BEATRIZ

La realidad...

ELVIRA

Mentiría.
No soy lo que usted creyó,
ni sabe usted todavía
quién soy yo.

Y basta, que él va a venir.
Usted lo tiene que ver,
y yo tengo que partir.

BEATRIZ

Pero...

ELVIRA

Para no volver.

BEATRIZ

¿Dónde?... Perdone, que yo
estoy sospechando que
no va donde dice.

ELVIRA

No;
pero, ¿qué le importa a usted?
Y no vaya a decir nada
a Juan, que verme aún espera.
Adiós; por la vez primera
falto a una palabra dada
que él acaso olvidará.

BEATRIZ

Espérelo.

ELVIRA

No conviene.
Mientras usted lo entretiene,
yo estaré muy lejos ya.
Y, si acaso, en un primero
movimiento, ¡qué sé yo!...
le pregunta si lo quiero,
respóndale usted que no.

BEATRIZ

No sé mentir.

ELVIRA

Yo lo haría
en su caso.

BEATRIZ

Yo no sé,
pero...

ELVIRA

Si yo fuera usted,
nadie me lo quitaría.

BEATRIZ

Nadie ni nada.

ELVIRA

Mejor.
Séquese usted esos ojos
que de llorar están rojos.
El llega... valor... ¡valor!

Vase Elvira.

ESCENA IX

BEATRIZ.—JUAN.

JUAN

Beatriz.

BEATRIZ

Aquí estoy. ¿Te extraña
hoy en París mi visita?
Lo comprendo. Nuestra cita
fué hace ya tiempo, en España
y en mi reja.

JUAN

¿Qué locura
te trae aquí?

BEATRIZ

Juan, perdona
si importuno, y tu aventura
con cierta brava amazona
vengo a complicar.

JUAN

Mas di,
¿tú sabes?

BEATRIZ

Lo que escuché
en mi casa; lo que vi
y algo más: todo lo sé.
Con ella por el sombrío
campo te vi cabalgar
hasta la orilla del río.
Quise y no pude gritar.
Aquella noche, encerrada
en mi cuarto, repetía
tu nombre. A la madrugada
ya estará a salvo, decía.
Cuando el sueño me rindió
era yo quien navegaba
en sueños contigo, yo
contigo en el mar estaba.
Fué que al soñar la memoria
pasó del jardín al mar
aquella infantil historia
que me hiciste recordar,
o era, quizás, que latía

de mi sueño en el encanto
el mar, porque me sabía
a mar la sal de mi llanto.
Cuando desperté—ya era
un incendio en mi ventana
el sol, y en mi cabecera
sobre unas rosas de grana—
salté del lecho y corrí
al espejo para verme,
y en el espejo me vi
desnuda, sin conocerme.
La del hábito morado
y el cabello recogido
—pensaba—¡cuánto ha cambiado!
o acaso ¡cuánto ha mentido!
Unas palabras de amor
y una noche de amargura
hicieron la humilde flor
trocarse en fruta madura.
No lloré mi soledad;
la mañana nuevo empeño
dictaba a mi voluntad.
El llanto quedó en mi sueño,
y sólo en mi corazón
un deseo de buscarte
sin tregua, la decisión
de ir a París a esperarte.
Pensé: por el río Juan
todos supondrán que ha huído,
pues en el río verán
cómo su barco ha partido.
"Huyo con Juan", escribí.

JUAN

Fué locura.

BEATRIZ

No, mentira
útil a los tres. A ti,
que ya en el mar con Elvira
estabas, como raptor
te buscaron por el río
en vano. Salvé tu honor...

JUAN

¡Beatriz!

BEATRIZ

A costa del mío.
Util a Elvira que, así,
nádie en tu barco podía
suponerla ya, y a mí,
que en el tren, el mismo día,
sin que nadie lo estorbara,
cruzar pude España entera
sin un mal velo en la cara,
camino de la frontera.

JUAN

¿Mas hasta hoy...?

BEATRIZ

Mi viaje
fué de Sevilla a Neuilly,
donde seguro hospedaje
mi tía me ha dado. Allí
viví hasta hoy.

JUAN

Niña mía,
loca y santa, con la pena
de escucharte y la alegría
de verte a salvo se llena

de un extraño sentimiento
mi pecho hasta rebosar,
y es todo al cabo el tormento
de no poderlo expresar.
Mira, Beatriz, yo no soy
quien tú piensas, yo he mentido
aquella tarde, yo estoy
atado a un crimen, unido
a un triste ayer. Mi pasado
un día me apareció
y en un espejo manchado
de sangre me he visto. Yo
era malo, y ni sabía,
Beatriz, que el mal existiera;
yo era deforme y creía
ser bello y galán; yo era
viejo como el vicio, viejo
como el crimen, y buscaba
mi juventud en mi espejo;
yo valiente me soñaba
y solo al verme he temblado;
que es tanta mi cobardía,
Beatriz, que vivo asustado
de mi propia compañía.
Esa mujer... Tú la viste
cuando la trajo el azar
a tu jardín, tú la oíste
cínicamente contar
su crimen la tarde aquella,
y aun ahora...

BEATRIZ

Esa mujer
tan hermosa...

Cogiendo el retrato que está sobre la mesa.

JUAN

¡Oh, no tan bella
como tú! Tenía ayer
un alma.

BEATRIZ

Que se perdió
por tu culpa, ¿verdad?

JUAN

Sí.

BEATRIZ

De la mía pienso yo
que la he ganado por ti.

Arroja el retrato que tenía en la mano.

¿Y ella te ama?

JUAN

Me aborrece.

BEATRIZ

¿Y tú?...

JUAN

Yo...

BEATRIZ

Di la verdad.
En tus palabras parece
que no todo es caridad.

JUAN

Piedad por la flor cogida
a mi árbol de primavera
que es hoy su fruta podrida.

BEATRIZ

¿De esa mujer altanera,
impasible, fría y dura
te apiadas? ¿No le has pagado
tu deuda con harta usura?
La salvaste.

JUAN

La he salvado,
mas no de ella misma.

BEATRIZ

Mientes,
Juan.

JUAN

¡Beatriz!

BEATRIZ

Tú amas a Elvira,
y es sólo amor lo que sientes
por ella. ¿Piedad? Mentira.
Tal como es te enamora;
al ver el vicio en su cara
la encuentras más seductora,
y por su crimen más rara,
de más precio; tiene el mal
su prestigio. Si te apena
mirarte en ese cristal,
arrójalo; si es cadena,
¿por qué no la rompes, di?

JUAN

Beatriz, ni yo puedo ver
tan claro y tan hondo en mí,
ni tú puedes comprender...

BEATRIZ

Tú no imaginas tampoco
de lo que yo soy capaz:
un cariño santo o loco,
como tú lo quieras. Haz
la prueba. Yo no me asusto
de nada, Juan, y lo que
no sepa lo aprenderé
como esclava de tu gusto.
Si hay locura en la ternura
de tu cariño, ¡mejor!;
dicen que la sal de amor
es un poco de locura;
que amor, para ser felices
en su inmensidad, precisa
como el campo los matices
mil de que el verde se irisa.
Pues yo seré mala, buena,
reservada, ardiente, fría,
dulce para tu alegría,
alegre para tu pena,
perversa, inocente, loca,
sencilla o ataviada,
y hasta pintaré mi boca
si la prefieres pintada.
Seré otra a cada momento
y hasta donde sueñes ya
antes que tu pensamiento
mi cariño llegará.

JUAN

Beatriz, loca, ciega llama
de juventud, nueva hoguera
y otra vez florida rama

de mi árbol de primavera,
¡Dios te bendiga! Mas, huye
de mí, despréciame, olvida...

BEATRIZ

No, Juan.

JUAN

Que otra vez afluye
a mi corazón la vida...

BEATRIZ

¿Verdad?

JUAN

Y la vida es mala,
Beatriz, engaña, atormenta
y envenena y apuñala;
la vida es turbia y violenta.
Huye de ella, huye de mí.

BEATRIZ

¡Huir? Yo no soy cobarde,
Juan, como tú y no mentí;
yo soy toda para ti,
toda, desde aquella tarde.
Si me quieres encerrada
en donde nadie me vea
seré feliz; si lanzada
en el ambiente que sea,
respiraré alegremente,
contenta con que me mires,
con tal que sea ese ambiente
el aire que tú respires.
Y si hastiado de placeres
gozas en hacer sufrir
y quieres pegarme y quieres
herirme, puedes herir

sin miedo; la sangre mía
es tan tuya que al verterla
sin poder ya contenerla
toda hacia ti correría.
Yo no sé lo que te ha dado
esa mujer; pero hay modo
de darte más. Lo sé todo,
porque todo lo he soñado.
Todo, mi Juan; ¿y tú no
soñaste nunca conmigo,
así como yo te digo,
muy juntos, muy juntos?...

JUAN

Yo
también soñé; pero ahora
en tus brazos, no es soñar,
sino vivir y gozar
nueva vida, nueva aurora.

BEATRIZ

¿No me engañas, Juan? Promete,
júrame...

JUAN

Beatriz, si miento,
si te engaño o me arrepiento...
Toma este agudo estilete...

Cogiendo el puñal que está sobre la mesa.

BEATRIZ

¿Es de Elvira?

JUAN

Es para ti;
guárdalo. Sin compasión...

Entregando el puñal a Beatriz.

BEATRIZ

¿Qué piensas, Juan? Nunca.

JUAN

Sí,
húndelo en mi corazón.

ESCENA X

ESTEBAN.—PABLO (*dentro, tratando de detenerlo*).

ESTEBAN

Me urge verlo.

PABLO

Avisaré.

ESTEBAN

Entrando.

No es preciso. Juan...

JUAN

Con extrañeza.

¡Esteban!

ESTEBAN

A Beatriz.

Beatriz... Al fin... Dios te guarde.

A Juan.

Escucha: acabo de verla.

JUAN

¿A Elvira?

ESTEBAN

A Elvira. Buscando
a Beatriz me hallé con ella.

JUAN

¿En dónde?

ESTEBAN

En la Prefectura
de policía.

JUAN

¿Está presa?

ESTEBAN

Detenida. Ha confesado
su delito; ella se entrega.

JUAN

¡Imposible!

ESTEBAN

Y ha de ser
conducida a la frontera,
mañana.

JUAN

¿Ella sola? ¡Nunca!
Mío es su crimen.

ESTEBAN

¿Qué intentas?

JUAN

Seguirla, acusarme.

ESTEBAN

¡Loco!

JUAN

Corro a buscarla.

BEATRIZ

¡Y me dejas!
¡Juan, por la Virgen del Carmen!
¿Dónde vas?

Queriendo detenerlo.

JUAN

Rechazándola violento.

¡No me detengas,
mujer!

BEATRIZ

¿Con Elvira?

JUAN

Sí.

BEATRIZ

Nunca. Antes muerto que de ella.

Le hiere.

ESTEBAN

¿Qué has hecho, ciega?

BEATRIZ

Matar
y matarme.

Tratando de clavarse el puñal.

ESTEBAN

Quitándole el puñal.

¡Loca!... Suelta...
¿Esa herida?

Volviéndose con ansiedad hacia Juan.

JUAN

Nada... Un poco
de sangre... Adiós.

Andando vacilante.

ESTEBAN

Deteniéndole.

¡Qué demencia!

BEATRIZ

Al verle caer en un sillón.

¡Juan!

JUAN

No puedo... Pero ha sido
tu mano poco certera.

Telón.

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

DOÑA CASILDA, DON GONZALO, DON GIL, ESTEBAN, PEDRO el jardinero y un pobre.

POBRE

Desde la verja.

¡Ave María!

PEDRO

Señora...

DOÑA CASILDA

El jubileo no cesa.

PEDRO

¿Quién?

POBRE

¡Paz! Una limosnita
por amor de Dios!

DOÑA CASILDA

Con ésta,
si no se me pasa alguna,
son hoy cincuenta.

DON GONZALO

Sin cuenta,
hermana, no hay que contar.
La caridad no tantea.
No debe saber tu mano...
¿Verdad, don Gil?

DON GIL

Tal vez fuera
mejor fijar una hora...
Las sociedades benéficas...

PEDRO

Al pobre.

Tú, ¿qué aguardas?

POBRE

Si me diese
usté una rosita de esas...

PEDRO

¿Qué dices?

POBRE

Escuche usté:
tengo una chiquilla enferma
y...

PEDRO

Eso es otra cosa; toma
y vete, no me arrepienta.

Vase el pobre.

¿Ha visto usté, señorito?

ESCENA II

Dichos, menos el pobre.

ESTEBAN

No ha estado mala la escena.
Si esto no pasa en Sevilla
no hay donde pase en la tierra.

DON GONZALO

Nada, hermana; Juan ha dicho:
todo el que llegue a esa puerta
a pedir una limosna
que no se vaya sin ella.
¿Quién es el guapo que no
le obedece?

DOÑA CASILDA

Y si no fuera
más que eso... Pero, padre,
es que él los busca, se mezcla
con lo más desarrapado
de Sevilla. Se dijera
que, entre los pobres, prefiere
a los de peor ralea:
mujeres que han sido malas,
hombres que han tenido cuentas
con la justicia, en fin, gente
que une el vicio a la pobreza.

DON GIL

¡Doble desgracia!

DOÑA CASILDA

Y no sólo
los socorre, sino alterna

con ellos y toma a pecho
sus enredos y miserias,
entre tanto que descuida
salud, familia y hacienda.

DON GIL

Vamos, vamos...

DOÑA CASILDA

No, si yo
no aseguro que no sea
muy bueno; pero él pretende
ejercer a su manera
la caridad, y yo veo
algo en eso de soberbia.

DON GIL

Poco a poco, mi señora
Doña Casilda; no sea
que por pedir demasiado
se enoje Dios. En conciencia,
no nos podemos quejar
de Don Juan. Yo, sí, quisiera
que su celo obrase con...
con menos independencia.

DOÑA CASILDA

Exacto.

DON GIL

La caridad,
la piedad, tienen sus reglas,
en efecto, que él aún
desconoce; el saber llega
siempre al final; contentémonos
con una voluntad buena
y santa.

DOÑA CASILDA

¡Don Gil!

DON GIL

Por santo
lo tiene Sevilla entera.

DOÑA CASILDA

¡Cierta gente!

DON GIL

Voz del pueblo...

DOÑA CASILDA

Tiene usted muy alta idea
de Juan.

DON GIL

Y fundada; soy
su confesor.

DOÑA CASILDA

¡Ah! ¿Confiesa?

DON GIL

Esta mañana, sin ir
más lejos. Pero ¿qué piensa
usted? El cumple con creces
sus deberes. Nuestra Iglesia
le debe más beneficios
que a otro feligrés cualquiera.

DOÑA CASILDA

¿Sí?

DON GIL

Sí.

DON GONZALO

Mi sobrino y yerno
está en la segunda época
de los santos. El será
tan bueno como antes era
malo—si malo se llama
a tener mala cabeza—,
rematadamente bueno.

DON GIL

Su padre...

DON GONZALO

¡Qué diferencia!
Su padre, ¡bah! Pero el hijo
es una cosa muy seria.

DON GIL

Sin duda, nuestro Don Juan
vió la muerte muy de cerca
por la permisión divina,
cuando la caída aquella
de París.

DON GONZALO

O herida, o golpe,
nunca supe a ciencia cierta.

DON GIL

Y al volver a nueva vida
volvió cambiado.

DON GONZALO

A Esteban.

¿Qué piensas
tú? Aquí estamos en familia,

y tú formas parte de ella,
si no por sangre, que no
siempre es la mejor cadena,
por una amistad antigua
y firme. Tu padre era
como mi hermano. Habla, pues,
sin reparo y sin reserva,
¿qué dices?

ESTEBAN

Digo que a éste
no ha sido una calavera
quien lo convirtió; acuciado
de inquietudes más modernas,
fué la conquista de un alma
quien lo apartó de la tierra.
Hízose el milagro, sí;
pero no ha sido la horrenda
visión de la podredumbre
carnal la dura maestra,
como en otros casos. Digna
de Don Juan al fin la empresa
de regenerar un alma,
conquista la más excelsa,
se le ofreció y como no
se conquistan con majezas
las almas ni con desplantes
y locuras donjuanescas,
a una piedad infinita
y a una caridad sin tregua
se abrió la suya, y así
la rara aventura nueva
hizo de Don Juan... San Juan,
con perdón.

DON GIL

Acaso es cierta
tu teoría, hijo, y admira
de Dios la sublime ciencia
para atraer hacia sí
sus criaturas predilectas.
¡Con qué prodigios los capta,
por qué caminos los lleva!

DON GONZALO

Pintorcito, pintorcito,
amigo de sutilezas,
eterno comprendedor,
tu reino no es de esta tierra
tampoco.

ESTEBAN

¿Qué quiere usted?
Pinto lo que pinto en ella.
Mi sino es ver, y en los ojos
pongo el alma, la belleza
admiro donde los otros
no logran acaso verla.
Después de todo, las cosas
más bonitas y más buenas
son de todos, y no hay nadie
que acapararlas pretenda.
Esta tarde deliciosa,
el sol, la luna, la estrella,
a la par en ese cielo
incopiable, ¿quién se adueña
de esto? ¿De quién es? De todos,
de nadie, del que lo vea.
Conque el caso es ver, querido
Don Gonzalo.

DON GONZALO

Pero, cuenta
que ver más de lo que hay es
otro modo de ceguera.

ESTEBAN

De la conversión de Juan
no me niegue la perfecta
verdad. ¡Admirable!

DON GIL

Él vino
harto cambiado.

DON GONZALO

De tema.
Ayer, loco del pecado,
ahora, de la penitencia.

DOÑA CASILDA

Apenas llegó, aún enfermo,
ya quiso que lo prendieran
como cómplice del crimen
de aquella mujer funesta.

ESTEBAN

¿Funesta?

DOÑA CASILDA

¿Pues, no?

ESTEBAN

No sé.
Acaso usted no recuerda
que ansiosa de expiación
a la justicia fué ella

quien se entregó. En el proceso
declaró de tal manera
contra sí misma, que si
no fuese la historia negra
del marido y la eximente
de legítima defensa
que se desprendía clara
de los hechos, y las pruebas
que aportaron los vecinos
del mal trato y la violencia
de aquel hombre, ella estaría
aún por muchos años presa.

DON GONZALO

Pero, Juan...

ESTEBAN

Juan pretendió,
por ley de conciencia estrecha,
echar sobre sí la culpa
del crimen. Pero, ella absuelta,
le hizo ver que para él
ahora el caso de conciencia
era Beatriz, cuya fama,
por su sacrificio en lenguas,
peligraba. Y así todo
acabó como debiera
acabar.

DON GONZALO

¿Y Elvira ha vuelto
a verle?

ESTEBAN

No, que yo sepa.
Parece que al extranjero
partió y en lejanas tierras
vive, honrada, respetada
y admirada.

DON GONZALO

¿También ella?

ESTEBAN

Dicen que, de cuando en cuando,
pasa por Sevilla y deja
un rastro de beneficios
y caridades, estela
en que la mente del vulgo
ha tejido su leyenda.

DOÑA CASILDA

Juan se casó con Beatriz
como era lógico y era
justo, después de que por
salvarle se perdió ella.

ESTEBAN

Eso he dicho.

DOÑA CASILDA

Pero...

DON GONZALO

Calla.
No te molestes, Esteban.
En mi familia las cosas
nunca ocurren de manera
normal. Aquí siempre hay algo
de poesía o de novela...

ESTEBAN

No se queje. ¡Cuántas vidas
se consumen en la espera
de que llamen esas cosas
alguna vez a la puerta!

DON GONZALO

Pintorcito, desengáñate,
toda nuestra vida—deja
las complicaciones—sólo
en tres cuestiones se encierra.

ESTEBAN

¿Tres?

DON GONZALO

¿A ver si sabes otra?

ESTEBAN

¿Y son?

DON GONZALO

Cuestión de pesetas;
cosas de hombres y mujeres;
y la sabida sentencia
cartuja, *morir habemos,*
que es de las tres la más negra.
Todos los dramas y todos
los sainetes y tragedias
que tú imagines cabrán
dentro de esas tres ideas.

DON GIL

Perdone usted, Don Gonzalo,
pero me falta entre ellas
una noción, la más pura,
la más noble y más excelsa:
hay otra vida.

DON GONZALO

Conformes;
pero me refiero a ésta.

ESTEBAN

Mirando el reloj.

El sol está en su derecho
de irse. Y Juan no viene. Queda
para mañana el retrato...
Para mañana...

DON GONZALO

¿En qué piensas?

ESTEBAN

En un mañana, querido
Don Gonzalo, que pudiera
no llegar.

DON GONZALO

Cállate. No
me asustes. ¿Tan mal lo encuentras?
¿Tú sabes lo que sería
para Beatriz?

ESTEBAN

¿También ella
teme?

DON GONZALO

Y todos... Sólo él
no parece darse cuenta
de su estado.

DON GIL

No parece...

Como el que está en el secreto.

En fin, hasta luego. Esteban,
voy contigo. He de llegar
un instantito a la iglesia,

y vuelvo; Juan me ha rogado
que antes de las ocho venga
a hablar con él.

DON GONZALO

¿Juan?

DON GIL

Sí.

DON GONZALO

Bien.

¡Pedro!...

PEDRO

Señor.

DON GONZALO

La cancela.

PEDRO, el jardinero, acompaña a DON GIL y a ESTEBAN; les abre la cancela y vuelve. DOÑA CASILDA se va también.

ESCENA III

DON GONZALO. — BEATRIZ. — PEDRO.

BEATRIZ

¿Quién ha entrado?

DON GONZALO

Nadie entró;
es que acaban de marcharse
Don Gil y Esteban.

BEATRIZ

¿Y Juan
no ha venido?

DON GONZALO

No.

BEATRIZ

¡Tan tarde!

DON GONZALO

No es tarde, mujer...

BEATRIZ

Sí. Anda,
Pedro, asómate a la calle
a ver si viene tu amo.
Si me pareció escucharle.

DON GONZALO

Soñaba el ciego...

BEATRIZ

Soñaba...

DON GONZALO

¿Qué tienes tú?

BEATRIZ

Nada, padre.
¿Viene?

PEDRO

No.

BEATRIZ

Si habrá pasado
algo...

PEDRO

No puede pasarle
nada malo. Es mucho hombre,
y a más... tiene quien lo guarde.

DON GONZALO

¿Qué dices?

PEDRO

Que yo también
tuve ese miedo, de antes,
al principio... Y una noche
—pero, ¡por Dios y su madre!,
que él no se entere—me fuí
siguiéndole hasta una calle
y una casa donde ni
de día entraría nadie
seguro. Allá por la Caba.

DON GONZALO

Buena gente.

PEDRO

Regulares
nada más. Estuve un rato
como en ascuas, esperándole,
cuando lo veo salir,
rodeado de un enjambre
de hombres, mujeres y niños,
bendiciéndole y besándole

las manos. Hasta los hombres
lloraban como chavales,
y se querían echar
a sus pies, acompañarle
después; pero él dijo: “No”,
y tuvieron que quedarse.

BEATRIZ

¿Tuvieron?

PEDRO

¡Pues claro está!
Cuando él manda, ¿chista nadie?
Desde entonces comprendí
que al que quisiera tocarle
así, al pelo de la ropa,
ya tenía lo bastante.
¿Pero quién va a querer mal
a ese santo, que es el padre
de los pobres y, además,
el barbián de los barbianes?
Toda Sevilla lo adora,
todo el mundo, chico y grande.

BEATRIZ

Pero un accidente...

PEDRO

Nada.

DON GONZALO

¡Hombre!

PEDRO

A mí no hay quien me gane
a quererle, y ya ve usté:
tan tranquilo. Hay quien le guarde
de todo.

BEATRIZ

Pero ¿qué quieres
decir?

PEDRO

A mí no me caben
en la cabeza las cosas
que a veces nos dice el padre
Don Gil; pero esto lo he visto
yo, y no me lo niega nadie.

BEATRIZ

¿Qué?

PEDRO

Esa criatura del cielo
que entra a veces donde él sale
y va siguiendo sus pasos
sin que él mismo se percate.

DON GONZALO

¿Y tú la has visto?

PEDRO

La he visto
con estos ojos mortales.

DON GONZALO

¡Bah! Será alguna señora
que anda haciendo caridades,
como él, entre los pobres.

PEDRO

¡Una señora! ¡Y muy grande!
Aquí mismo la vi un día,
junto de aquellos rosales.
Era entre dos luces. Ella
llevaba su propio traje,
el mismo, el de siempre, y un
escapulario colgante.
Era morena y bonita,
tenía un mirar tan suave,
que abría las flores a punto
de que iban a cerrarse.
Yo quise acercarme a ella,
con las rodillas temblándome,
que se querían doblar,
naturalmente. Al mirarme
se puso un dedo en los labios
e hizo un silencio tan grande,
que se podía escuchar
el corazón de la tarde.
Hasta el agua de la pila
se calló, y al levantarme
del suelo, donde por fin
di de bruces... no había nadie.
Ella ya no estaba... ¡Pero
se conocía en el aire!

DON GONZALO

¿Y tú quién piensas que fuese
esa mujer..., ese ángel?...

PEDRO

¡Quién ha de ser, señorita,
sino la virgen del Carmen,
patrona de los valientes
en la tierra y en los mares,
la que vela por Don Juan
con el cuidao de una madre!

BEATRIZ

Dios te oiga. Pero, Pedro,
¿no lo ves desmejorarse
por días?

DON GONZALO

No tanto, nena.
¿Verdad, Pedro?

BEATRIZ

Por instantes.

PEDRO

De eso ya no digo nada,
que a los buenos y a los grandes
a veces los llama Dios
cuando aquí más falta hacen.
Místelo por donde viene
el mejor de los mortales.

Al aparecer JUAN, DON GONZALO lo contempla con tristeza y se aleja con PEDRO.

ESCENA IV

JUAN, que entra distraído.—BEATRIZ.

BEATRIZ

Juan.

JUAN

¡Ah!... Beatriz, niña mía.

BEATRIZ

Ya es hora de que te vea.

JUAN

¿Celosa?

BEATRIZ

Sí; de otro modo
y más de lo que tú piensas.

JUAN

Beatriz, siéntate a mi lado.

Se sienta, disimulando su fatiga.

BEATRIZ

¿Estás cansado?

JUAN

No. Aquella
fatiga pasó; me encuentro
bien. Hasta correr pudiera

por el jardín, y aun trepar
como de niño—¿recuerdas?—
por esa palmera arriba.
Ya ves: hoy todo me alegra.

BEATRIZ

¿Hasta el verme?

JUAN

Sobre todo
el verte, Beatriz, tan bella.

BEATRIZ

¿Galante?

JUAN

¡Quién lo diría!
¿Verdad?

BEATRIZ

Cuando galantea
el santo será también
caridad o penitencia.

Juan queda un momento pensativo.

JUAN

Oye: ¿celosa dijiste?
¿De qué?

BEATRIZ

De tu vida entera,
Juan, de esa vida tan tuya
que ni aun en sueños me llega.

JUAN

¿Tan lejos estoy de ti?

BEATRIZ

Tanto como las estrellas.
Tú, bueno; yo, pecadora;
humilde, tú; yo, soberbia;
tú, amando a todos, de todos
compasivo y en fraterna
piedad encendido; yo,
para el dolor sorda y ciega,
si ese dolor no es el tuyo.
Dime la verdad: ¿qué piensas
de mí? ¿Soy mala? ¿En el fondo
de tu alma, me desprecias?

JUAN

No, Beatriz. Dame tu mano,
y escúchame. Si no hubiera
mal en el mundo, y brotara
la vida limpia y serena,
de fuente pura, sería
toda compasión superflua,
calumnia del claro espejo
de Dios, y el amor que engendra
en la carne, único amor,
vivir, la virtud suprema.
¿Quién de tus brazos entonces
el cerco y la flor bermeja
de tus labios dejaría
por cuanto la gloria encierra?
Pero hay mal, dolor y muerte.
Quien piensa en ellos no sueña,

Beatriz. Yo me he visto el alma
a la luz de otra conciencia,
y vi que era turbia. Yo
me he asomado al alma ajena,
y porque luz me faltaba
sólo vi sombras en ella.
Existe el mal, que es el odio;
la vida humana es pelea
contra el mal: el que llevamos
dentro y el que vemos fuera.
Existe el dolor, que al hombre
impone Naturaleza
sólo por haber nacido
de sus entrañas de piedra.
Pena sin culpa; mal hace
quien no la alivia o consuela.
Y hay la muerte; sobre todo
la muerte, que nos espera,
nos sigue y nos acompaña;
sólo Dios puede vencerla.
Sin el milagro divino,
sin Dios, la derrota es cierta.
No hay caridad sin amor
te dije la tarde aquella.
¿Recuerdas, Beatriz? Hoy digo:
no vive el amor, lo sueña
quien ama sin Dios; amores
sin caridad son quimeras.

BEATRIZ

Y así este amor, Juan, el mío
—tú me lo dices—, la ciega
pasión ardiente, celosa
que tú despertaste, era

amor de muerte; Dios mismo
que nos unió nos condena
a separarnos.

JUAN

Beatriz,
¡nunca!

BEATRIZ

Porque a ti te espera
Dios, porque hacia Dios caminas
y cada día te alejas
más de mí. Por compasión
hacia este amor de la tierra,
o por gratitud, ¡quién sabe!,
a la última rosa abierta
en tu jardín, cuando ya
las rosas no te recrean;
sumiso a leyes del mundo,
tan vanas como severas,
o por justicia, que paga
al César lo que es del César,
me hiciste tu esposa. Juan,
todo por Dios... y por esa
mujer.

JUAN

¿Por Elvira?

BEATRIZ

Sí.
Elvira de tu alma es dueña;
yo tengo lo que ella quiso
que tú, piadoso, me dieras.
Elvira...

JUAN

Nunca la veo,
te juro.

BEATRIZ

Aunque no la veas,
contigo, tarde o temprano,
estará; lejos o cerca,
su cita es sólo contigo.
Ella lo sabe y te espera.
Por eso dije: celosa
y más de lo que sospechas;
celosa sin esperanza...

Pausa.

Oye la verdad entera:
Me siento vencida; sé
que su odio tuvo más fuerza
que mi amor; ella ha triunfado,
porque fué la más perversa
de las dos.

JUAN

Elvira supo
perdonar.

BEATRIZ

Juan, no lo creas.
Elvira ha matado al hombre
que odiaba, al que yo quisiera
resucitar en mis brazos.
Su venganza fué completa.

JUAN

Venganza...

BEATRIZ

Del que ella amó,
y con amor de la tierra
como el mío. Sí; conozco
vuestra historia, que es tragedia
antigua. De vuestro amor
nació un hijo. ¿No recuerdas
cuando aquella tarde tú
me dijiste: "Beatriz deja
que olvide"?

JUAN

Sí.

BEATRIZ

Tú querías
dar al olvido lo que ella
no pudo olvidar, no quiso
perdonar. Elvira lleva
vuestro hijo muerto en el alma,
trocado en rencor, que hiela
cuanto toca. En ese espejo
te miraste y quedó yerta
allí tu imagen. Así
murió el hombre que tú eras.
Yo quise salvarlo; yo
te seguí, celosa y terca,
para decirte: Juan, mira,
soy mujer, soy joven, bella
y amante, la vida misma,
que nunca de sí reniega,
y soy para ti, en mis ojos
orgulloso te contempla,
héroe del amor; por ti

dejé hogar, honor, iglesia,
padre y Dios, y aun renegado
de mi salvación hubiera.
Llegué tarde. Juan, perdona
si mis palabras te apenan.

Mirando a Juan.

JUAN

¡Beatriz!

BEATRIZ

¿Qué tienes?

JUAN

¡Oh... nada;
habla, sigue, que yo sepa
toda la verdad!

BEATRIZ

Tu mano
está febril.

JUAN

No lo creas.
Di, Beatriz, si aquella noche
de nuestra cita en tu reja...

BEATRIZ

¿En mi reja? Yo en mi alcoba
te esperaba.

JUAN

Y si yo hubiera
seguido siendo el que fuí,

el que domina y desprecia
a la mujer: el que busca
el amor, y si lo encuentra
lo aparta, porque imagina
obstáculo a su carrera
hacia el amor imposible,
el pobre amor que se entrega;
si para ti hubiera sido,
Beatriz, lo que fuí para ella,
¿me hubieras tú perdonado?

BEATRIZ

¡Perdonar! Poca es tu ciencia
de amor. Perdonarte, nunca;
quererte, siempre; en tu senda
flor arrancada mejor
que fruta helada en tu huerta.

JUAN

Beatriz, tú tampoco sabes
perdonar. No. Te atormenta
que nuestro lecho haya sido
estéril.

BEATRIZ

¡Verdad plebeya
del amor! ¡Cuánto más sabia
que su verdad, su inocencia!
No, Juan; el amor no quiere
ser más que amor. En la tierra
sobran padres, y los hijos
hasta sin amor se engendran.
Aquella noche eras tú
no más que el amor.

JUAN

Espera;
pronto serás libre.

BEATRIZ

No;
mucho te engañas si piensas
que yo quiero ser dichosa
sin ti; la mujer se entrega
una vez, en una hora
de libertad, que es eterna.
Contigo, contigo siempre;
sálvame, Juan, que yo pueda
salvarme y salvar conmigo
al hombre que tú condenas.
Juan, el amor no es un sueño.

JUAN

Beatriz, tus palabras entran
en mi corazón con filo
de verdad. Vivir quisiera
¡ay!, que la vida es un río
más turbio cuanto más cerca
del mar; pero lleva el agua
de la fuente en que naciera.
Malhaya quien esa fuente
calumnia: la vida es buena.

ESCENA V

JUAN.—BEATRIZ.—ELVIRA.

BEATRIZ

¡Usted!

ELVIRA

Yo.

BEATRIZ

¿Cómo ha llegado
hasta aquí? ¿Con qué permiso
cruzó esa verja?

ELVIRA

Dios quiso
que abierta la haya encontrado.

JUAN

Elvira.

ELVIRA

Juan.

BEATRIZ

Que estoy yo
presente.

ELVIRA

He entrado por eso.

BEATRIZ

¿Ha venido a verme?

ELVIRA

No.

BEATRIZ

¿Pues a qué?

ELVIRA

A darle a él un beso.

BEATRIZ

¡Un beso! Juan, ¿está loca
esta mujer?

JUAN

No lo está.
¿No estás viendo que no hay ya
casi labios en su boca?

BEATRIZ

No. Su osadía es inmensa.
¡Llora de amor!

ELVIRA

De amor lloro.

BEATRIZ

¿Usted lo quiere?

ELVIRA

Lo adoro,
pero no como usted piensa.
Adoro al que me salvó
del mal y el crimen, al hombre
que vida, fortuna y nombre
por redimirme arriesgó.
Es verdad, yo no acepté,
porque era el único modo
que de pagarle encontré
cuando él me lo daba todo.
Y usted conoce de sobra
que nada vengo a pedirle;
pero tengo que decirle:
Juan, aquí tienes tu obra.
Estas lágrimas que ves
son puras... Perdón... Concluyo.
Déjame bañar tus pies
en este llanto, que es tuyo.
No se enoje; es más que amor
lo que hasta aquí me ha traído.
De rodillas he venido,
peregrina del dolor,
porque...

JUAN

Calla.

ELVIRA

Ella lo quiere.

JUAN

Escucha, querida amiga,
escucha.

BEATRIZ

No. Diga, diga,
¿por qué?

ELVIRA

Porque Juan se muere.

BEATRIZ

¡Eh! ¿Qué dice?

JUAN

La verdad.

BEATRIZ

No. Mientes, mientes, infame.
¡Fuera! No aguardes que llame
a los criados.

JUAN

Piedad,
Beatriz.

BEATRIZ

¿Acaso la tiene
de mí, cuando a verte llega
y sólo la muerte alega
para entrar?

JUAN

Es que Ella viene.

BEATRIZ

No, mi Juan, yo estoy aquí
llena de amor y de vida
para ti.

JUAN

Nena querida,
no te apartes ya de mí.
Y tú, Elvira.

BEATRIZ

Elvira, no.

ELVIRA

Yo me iré.

JUAN

Tú no te irás
tampoco.

BEATRIZ

Pues yo.

JUAN

No más.

BEATRIZ

¡Juan!

JUAN

El que parte soy yo.
Silencio. Yo os quiero dar
algo de este bien sublime
que siento.

BEATRIZ

¿Qué tienes, dime?

JUAN

Morir es resucitar
a una cosa tan hermosa,
tan magnífica. No quiero
que lloréis. Dame una rosa
del rosal que yo prefiero,
Beatriz, de las que cambié
un día por tu rosario.
Elvira, tu escapulario
acerca y lo besaré.

BEATRIZ

Al pecho llevas el mío.

Al buscar el escapulario ve con horror que tiene la herida abierta.

¿Qué es esto? ¿La herida abierta?

JUAN

Bendita sea la puerta
abierta en el mar al río.

BEATRIZ

Tu vida...

JUAN

Estaba perdida...
Desde el nacer al morir,
lo que llamamos vivir
es ir perdiendo la vida.
Sólo un modo hay de ganarla,
y es jugarla sin temor
y sin esperanza: darla
entera por el amor.

BEATRIZ

Pero el amor para mí
eres tú, tú solamente,
mi Juan de mi vida, vente;
yo he de salvarte.

JUAN

No; aquí
aguardo; andar no podría.
Pero otra senda, cuán bella,
abre a mi paso sin huella
su misteriosa alegría.

BEATRIZ

¡Padre! ¡Don Gil! ¡Pedro!

Llamando, asustada.

PEDRO

¿Qué,
señora?

BEATRIZ

¡Avise, Dios mío!
¿Y usted, qué hace?

A Elvira.

ELVIRA

Confío
en Dios y en él.

BEATRIZ

¿Y no ve
que se muere?

ELVIRA

Aún no.

JUAN

Escuchad.

Se oye a lo lejos un alegre repique de campanas y algo más cerca, pero también confusamente, el principio de un pregón de flores.

VOZ EN LA CALLE, CANTANDO

Un jardín llevo en el brazo...

JUAN

Qué hermosura es este abrazo
de la noche a la ciudad.

Delirando.

Era la tarde; una niña
se colgaba de mi cuello,
y la noche y la campiña
se fundían. ¿Qué es aquello?...
Ahora una mujer me llama.
Es en vano.
Después hay sangre en su mano;
después me ofrece una rama
de laurel.

BEATRIZ

¡Juan!

ELVIRA

Escucha su delirio.

JUAN

Y una palma de martirio.

BEATRIZ

Escucha.

ELVIRA

Dios habla en él.

ESCENA VI

Dichos. Llegan DON GONZALO, ESTEBAN, DON GIL y DOÑA CASILDA, y gente del pueblo.

DOÑA CASILDA

¡Oh!

DON GONZALO

¡Beatriz!

ESTEBAN

¿Qué esto, Juan?
¡Un médico!...

DOÑA CASILDA

¡El confesor!...

JUAN

¡Adiós, padre! ¡Adiós, pintor!
¿Y los otros, dónde están?

UNA MADRE

Yo le venía a traer
a mi hijo, el que él ha salvado
esta mañana, y saber
cómo estaba.

PEDRO

Indignado.

Se ha matado
por vosotros.

UNA MUJER

¡No nos dejes
sin nuestro amparo, Señor!

OTRA

Virgen, tú que lo proteges.

OTRA

¡Madre del Carmen, favor!

UN POBRE

¡A la gloria de Sevilla!

OTRO

¡Al padre, al santo!

DON GIL

Callad.
Quietos, doblad la rodilla.

UNA MADRE

¡Dios lo bendiga!

DON GIL

Rezad,
rezad.

JUAN

Aunque apenas late
mi pecho, aun deciros puedo:
quiero que mi muerte mate
por siempre a morir el miedo.
Vivir es santo deber;
pero en la vida no está
lo que sólo puede ser
más allá.
Elvira, Beatriz, os veo
juntas; las dos en la ola
de esta luz sois una sola.
Oídme, creedme...

ELVIRA

Creo.
Juan, bendice a tu criatura.

BEATRIZ

No me dejes, no; contigo
llévame.

JUAN

Yo te bendigo,
Elvira. ¡Cuánta hermosura
en el camino de Dios!
Beatriz, ven, para que veas...
Tu mano, venid las dos.

BEATRIZ

¡Las dos, no!

JUAN

Bendita seas
tú también.

DON GIL

Al crucifijo
vaya tu último deseo.

JUAN

Señor...

DON GIL

¡Tú crees, crees, hijo!

Mostrándole el crucifijo.

JUAN

Padre mío, creo y veo...

Muere.

DON GIL

¡Oh santa muerte!

ESTEBAN

¡Cuán bella!

BEATRIZ

A Elvira, que se levanta y empieza a alejarse.

¿Dónde vas?

ELVIRA

Ya no está aquí.
Paso. Yo sigo su huella.

Se va y mientras se aleja todos la contemplan con asombro.

PEDRO

Miradla, miradla. ¡Es ella!

DON GONZALO

¡Beatriz, hija mía!

BEATRIZ

¡Sí!...
¡No me lo arrebatarán;
está aquí; no, no se ha ido!
Soy yo, Juan. Está dormido...
¡Juan! ¡Juan! No me oye. ¡¡¡Juan!!!

Telón.

FIN













ESPASA-CALPE, S. A.
BILBAO
MADRID: Ríos Rosas, 24
BARCELONA: Cortes, 579

Precio: 3,50 pesetas.